

Pregonero de Justicia

Dedicado a la restauración del
cristianismo del Nuevo Testamento
en esta generación.

Solus Gratia
Solus Christus
Solus Fides

Sólo por Gracia
Sólo por Cristo
Sólo por Fe

NUMERO ESPECIAL

EL PANORAMA RELIGIOSO ACTUAL Y EL EVANGELIO

Parte 1:
La pasión ardiente del panorama religioso actual—pág. 3

Parte 2:
La pasión ardiente del Nuevo Testamento—pág. 6

EL PANORAMA RELIGIOSO ACTUAL Y LA BIBLIA

Parte 1:
La experiencia religiosa por encima de la Palabra—pág. 10

Parte 2:
Juan Calvino y una apelación al Espíritu—pág. 14

Parte 3:
Lutero y Calvino en la autoridad de la Biblia—pág. 16

REFORMANDO LA IGLESIA REFORMADA

Entrevista al Dr. Emilio Nuñez—pág. 22

Herederos de la Reforma—pág. 26

Pregonero de Justicia es una revista dedicada a la restauración del cristianismo del Nuevo Testamento en esta generación. Está destinada especialmente a sostener la gran verdad de la justificación por la fe que presentó el apóstol Pablo, y más tarde los reformadores, en este tiempo cuando aquella verdad está siendo amenazada por el humanismo, el pentecostalismo y el ecumenismo. Viendo la necesidad de una revista no sectaria, basada en el principio de la Reforma, "solus scriptura," los redactores y promotores de esta revista se han unido para producir una publicación cuya norma es la Biblia y sólo la Biblia como única regla de fe y práctica. El propósito de esta revista es dar a la trompeta del Evangelio un sonido certero (1 Cor. 14: 7-9) para que, a través de palabras fáciles de entender, podamos quedar todos "confirmados en la verdad presente" (2 Ped. 1:12) y, cual Noé, ser "pregoneros de Justicia" (2 Ped. 2:5).

Editor: Roberto D. Brinsmead
Editor Asociado: Ricardo Marín

Patrocinadores: Un grupo de cristianos cuyo blanco es fomentar la restauración de las enseñanzas del Nuevo Testamento. Esta revista no tiene patrocinio denominacional. Ella es sostenida sólo mediante las ofrendas voluntarias de aquéllos que ven en **Pregonero de Justicia** una esperanza y salvaguarda para la generación actual.

Multitudes han quedado atrapadas en el popular y frenético esfuerzo por encontrar satisfacción en algún tipo de experiencia religiosa, pero **Pregonero de Justicia** es una voz que clama en este desierto estéril de internalismo imperante; una voz que con fiabilidad proclama los grandes principios sobre los cuales se fundó la Reforma—a saber:

1. **Solus Gratia:** La actividad salvadora de Dios efectuada afuera de nosotros, en la Persona de Cristo Jesús, como el único fundamento sobre el cual se obró nuestra salvación.

2. **Solus Christus:** El obrar y el morir de Cristo a nuestro favor como la única base de nuestra aceptación y asociación permanente con Dios.

3. **Solus Fides:** El don de la fe dado a nosotros por el Espíritu Santo, mediante el oír de este Evangelio histórico y objetivo, como el único medio por el cual la vida y muerte sustitutivas de Cristo se nos imputan para justificación de vida eterna. Aquél que es justificado de esta manera y está lleno del Espíritu de Dios, se gloriará únicamente en la cruz de Cristo y hará del acto redentor de Dios en Cristo la afirmación central de su testimonio cristiano. Aunque será cuidadoso de obedecer y agradar a Dios en todas las cosas, continuará arrepintiéndose y no gloriándose en los raquíticos logros de su propia vida llena del Espíritu.

4. **Solus Scriptura:** La Biblia y sólo la Biblia es la regla infalible de fe y práctica, suficiente por sí sola para que podamos quedar "confirmados en la verdad presente" (2 Ped. 1:12).

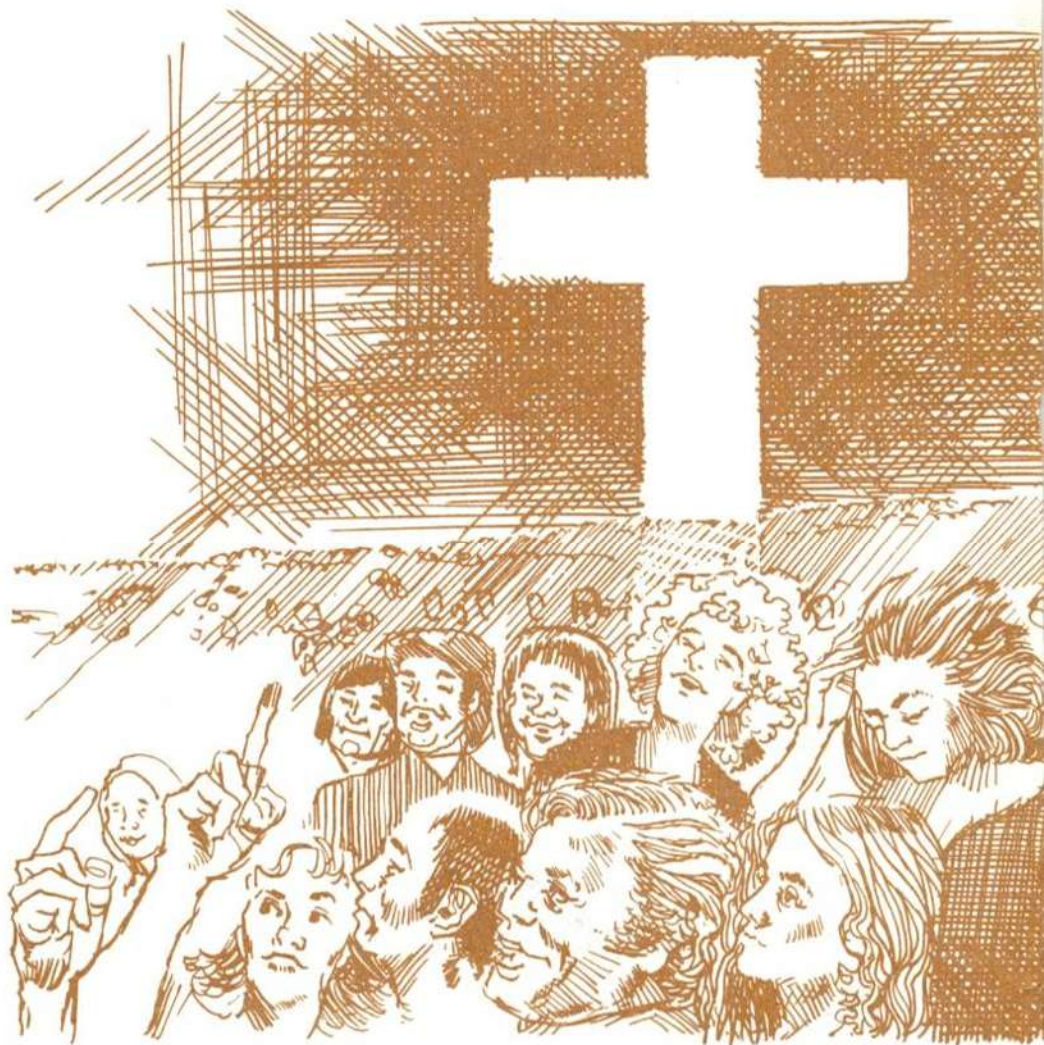
Pregonero de Justicia no sólo se dedica a la tarea de sostener estos principios fundamentales de la Reforma, sino que también cree que debemos permitir que dichos principios traigan a juicio todo cuanto hacemos y enseñamos. Estos conceptos han de traer a cuestión toda tradición y argumentos respecto de la verdad, incluso los que se exponen en esta revista. Nuestra visión es la de una nueva Reforma capaz de recuperar lo que nos legaron los reformadores y de completar la restauración que tan noblemente ellos emprendieron.

Colaboradores: Siendo que la verdad está por encima de las preferencias y los prejuicios de cualquier denominación, los editores dan la bienvenida a los escritos de quienes deseen colaborar, y los juzgarán por sus méritos únicamente. Si desea que se le devuelva su manuscrito, sírvase indicárnoslo cuando lo envíe.

Subscripciones: Las subscripciones son gratis para todos los que las soliciten personalmente. Los que así lo deseen, sírvanse llenar y enviar el cupón que para tales efectos se ha provisto.

Cambio de domicilio: Favor de avisarnos su cambio de domicilio.

Publicado por **Life Research International**. Copyright © 1980 by **Pregonero de Justicia**, P. O. Box 700, Fallbrook, California 92028 EE.UU. All rights reserved. Todos los derechos reservados. La reproducción en total o en parte sin obtener un permiso escrito está prohibida.



NOTA EDITORIAL

Las dos primeras secciones de este número de *Pregonero de Justicia* son producto de una gira reciente del Foro Australiano a través de los Estados Unidos. La primera presentación, "El panorama religioso actual y el Evangelio" es un resumen de algo del material presentado por el Editor. La segunda presentación de Geoffrey J. Paxton trata de la forma como se maneja la Biblia en el panorama actual religioso. No es necesario que presentemos con gran detalle a Geoffrey Paxton a los lectores del *Pregonero de Justicia*. Además de ser un ministro anglicano ordenado, y en este tiempo el presidente del Instituto Bíblico de Queensland, es un bien conocido orador evangélico en Australia. Los temas del Foro también trataron de la naturaleza de la existencia cristiana como se presenta en la Biblia. Planeamos incluir este material en un futuro número de *Pregonero de Justicia*.

La tercera sección de este número es fruto del recién celebrado Congreso Latinoamericano de Evangelización II. El Dr. Emilio Antonio Nuñez, rector del Seminario Centroamericano, dió apertura al Congreso con su discurso titulado "Herederos de la Reforma". Aquí incluimos este desafío a la iglesia actual junto con una entrevista al Dr. Nuñez. Creemos que es oportuno su repaso de nuestra herecía y su llamado a la iglesia reformada a seguir reformándose.

Esperamos que cada lector capte la estrecha relación que existe entre nuestro uso de la Biblia y las tendencias del panorama religioso actual.

—R. M.

El panorama religioso actual y el Evangelio

Roberto D. Brinsmead

Parte 1: La pasión ardiente del panorama religioso actual



En los últimos pocos años, grandes cambios han tomado lugar en tres ramas de la iglesia cristiana—en el pentecostalismo, en el romanismo y en el evangelicalismo.¹

1. El pentecostalismo

El movimiento pentecostal moderno es un ramal del movimiento de santidad americano. Hizo su aparición en este país en el 1900. Uno de sus líderes lo llamó “el más grande movimiento extático en la historia de la iglesia cristiana”. Se distingue por su énfasis abrumador sobre la experiencia—frecuentemente llamado el bautismo del Espíritu Santo. Usualmente, si no siempre, este bautismo se identifica por alocuciones extáticas, que los pentecostales llaman “el don de lenguas”. El don de lenguas es considerado como una señal de que uno ha sido bautizado en el Espíritu Santo.

Antes del 1960, el pentecostalismo era un movimiento fuera de la corriente principal de la iglesia protestante. Era muy sectario y la mayoría de las iglesias lo veían como un tipo de religión divisionista y fanatismo fuera de compás.

Para el 1960, el pentecostalismo tomó un nuevo giro. Comenzó a saltar las barreras denominacionales. La experiencia extática de hablar en lenguas comenzó a aparecer entre episcopales conservadores, luteranos ortodoxos, presbiterianos formales—de hecho, difícilmente hubo una iglesia protestante que escapase a la invasión pentecostal. Esta nueva fase interdenominacional del pentecostalismo vino a conocerse como el movimiento carismático o el neo-pentecostalismo.

¹El movimiento evangélico moderno.

Mientras que se consideró al viejo pentecostalismo (el clásico) como un movimiento sectarista y divisivo, el neo-pentecostalismo parece traer unidad y ser no sectarista. Demostrando una nueva franqueza hacia todas las ramas de la iglesia, el movimiento carismático tiene la habilidad de echar abajo casi todas las barreras denominacionales. La experiencia pentecostal parece estar al alcance de gentes con tradiciones religiosas vastamente diferentes, tanto para los liberales como para los conservadores.

Cuando el movimiento neo-pentecostal estaba encaminándose en el área de Los Angeles, para principios de los 1960, me entrevisté con un ministro de las Asambleas de Dios respecto del fenómeno. El me dijo: “Nosotros éramos los líderes en la cuestión de experimentar el bautismo del Espíritu Santo, pero no más desde que el Espíritu visitó las grandes iglesias históricas protestantes. Conozco un sacerdote episcopal en esta ciudad que es tan liberal que ni cree en el nacimiento virginal, ni en la resurrección. Sin embargo, recibió recientemente el bautismo del Espíritu y demuestra gran poder en su ministerio”. El predicador pentecostal encogió sus hombros y añadió: “No puedo entender por qué Dios le concede todo ese poder a un individuo que se encuentra tan lejos en la izquierda liberal”.

Hace unos pocos meses un grupo de pentecostales Cristadelfianos me invitaron para hablarles. Los Cristadelfianos no solo niegan la divinidad de Jesucristo sino también su pre-existencia antes de su nacimiento en Belén. Además niegan la personalidad del Espíritu Santo. Sin embargo, allí estaba un grupo de Cristadelfia-



Cardenal
Suenens

nos que reclamaban haber recibido el bautismo en el Espíritu Santo y hablaban en lenguas.

Cito estos casos para mostrar que no hay diferencia en el hecho del lugar donde uno esté parado en el ámbito teológico cuando se trata de participar en la experiencia pentecostal. El "don del Espíritu" parece estar disponible sin consideraciones para casi cualquier lealtad denominacional o doctrinal.

Desde 1969, el movimiento pentecostal ha efectuado una sorprendente penetración en la Iglesia Católica Romana. Parece que el pentecostalismo es el primer factor, en más de 400 años, capaz de salvar el abismo entre el romanismo y el protestantismo. El Dr. Henry VanDusen sugiere que tiene el potencial para sanar la herida del siglo dieciséis. Ya no más son amargos rivales los pentecostales y los católicos en Sud América. Y a través de todo el mundo, pentecostales protestantes y católicos se están reuniendo juntos para cantar: "Somos uno en Espíritu" (véase a *Christianity Today* de Feb. 4, 1972, pág. 8). "Este movimiento (el pentecostalismo) . . . está tornándose ahora ecuménico en el más profundo sentido".

2. El romanismo

En los últimos pocos años, la Iglesia de Roma se levanta con una nueva posición.

a. *Primeramente*, parece estar más abierta a la Biblia. Roma ha concedido a su pueblo libre acceso a la Biblia; algunos de sus eruditos son sobresalientes en estudios bíblicos, y los católicos han trabajado hombro a hombro con los protestantes para producir nuevas traducciones de los antiguos textos bíblicos.

b. *En segundo lugar*, desde 1967, Roma ha mostrado una verdadera franqueza hacia el movimiento neo-pentecostal. Miles de sus sacerdotes y monjas están abrazando el movimiento carismático. En junio de 1973, más de 20,000 pentecostales católico-romanos se congregaron en la Universidad de Notre Dame para la celebración de la Séptima Conferencia Carismática de Renovación. Uno de los oradores presentes lo fue un poderoso príncipe de la Iglesia, el Cardenal Suenens de Bélgica. El vino para dar su aprobación entusiasta al movimiento carismático dentro de la Iglesia Católica. Dijo él:

"La renovación carismática lleva implicaciones ecuménicas extraordinarias. Están sucediendo muchos importantes avances en la renovación carismática en una forma maravillosa. Estos serán un gran impulso para la unidad cristiana. Los cristianos de diferentes iglesias necesitan experimentar que ellos mismos pertenecen a la misma familia, que son hermanos, y esto está sucediendo en la renovación carismática". —*New Covenant*, Junio 1973, pág. 5. (La revista en Español se titula *Alabaré*.)

Hablando acerca de la Conferencia Carismática Presbiteriana de marzo de 1973, el cardenal también dijo:

"Nuestra unidad tiene que efectuarse presto porque el Espíritu Santo la está dirigiendo. Dios la está deseando y el mundo está necesitado, seriamente necesitado, de esta unidad visible. . . . Veo las cabezas de las iglesias cristianas uniéndose. . . . Volvamos al hogar: hogar quiere decir el Aposento Alto, el Pentecostés". —*Ibíd.*, págs. 8, 9.

El cardenal estuvo parado ante los presbiterianos sosteniendo las manos de dos de sus líderes (Jim Armstrong y Rodman Williams), cantando "Somos uno en Espíritu".

c. *En tercer lugar*, Roma se ha tornado más franca hacia los evangélicos. El *Catholic Digest* de julio de 1972, presentó un artículo notable, elogiando al Dr. Billy Graham. El autor jesuita escribió: "Billy Graham es ortodoxo. Yo no he leído cosa alguna escrita por él que sea contraria a la fe católica". En algunos lugares se está instruyendo a los sacerdotes para que se familiaricen con la terminología evangélica, como "ser salvo" "ser renacido". Véase cómo ahora los católicos romanos son capaces de unirse con los evangélicos en esfuerzos cooperativos tales como CLAVE '73.

3. El evangelicalismo

También en los últimos pocos años evoluciona un nuevo evangelicalismo. El neo-evangelicalismo comenzó hace pocos años con muchas aspiraciones valiosas. Deseaba evitar el oscurantismo (anti-intelectualizante), el biblicismo extremo y el estrecho separatismo de los fundamentalistas del ala derecha. Los evangélicos sintieron genuino deseo de gozar de compañerismo con otros evangélicos a través de las líneas demarcatorias denominacionales.

Recientemente, el movimiento neo-evangélico demuestra un aumento de franqueza y simpatía hacia el movimiento carismático. Si pudiéramos tomar a la revista *Christianity Today* como representativa del movimiento neo-evangélico, podríamos discernir un calentamiento real de la relación entre los evangélicos y los pentecostales. Pocos años ha, *Christianity Today* tenía una actitud decididamente negativa hacia el pentecostalismo. Luego llegó a ser tolerante. Ahora simpatiza con el movimiento pentecostal. En febrero de 1972, *Christianity Today* dijo:

"La fuerza que parece estar haciendo la mayor contribución al reavivamiento cristiano actual alrededor del globo es el pentecostalismo. . . . Una nueva era del Espíritu ha comen-

zados. . . . Se está haciendo visible un reavivamiento evangélico a lo largo del camino cristiano, desde la frontera de las sectas hasta los más altos lugares de la comunión católico-romana".

Luego, en el número de septiembre de 1973, el bien conocido erudito evangélico Clark H. Pinnock escribe:

"El nuevo movimiento pentecostal parece ser, para este observador, un movimiento genuino del Espíritu de Dios renovando su iglesia. . . . Conmueve mi alma el ver multitudes de personas permitiéndole al Espíritu operar libremente en su medio".

Como muchos evangélicos, el Dr. Pinnock expresa su preocupación por los excesos del pentecostalismo, pero uno capta el sentimiento de que si estos excesos de la periferia pudieran ponerse a un lado todo iría bien entre los evangélicos y los pentecostales. Por lo tanto, debemos preguntar: ¿Será la única diferencia entre los evangélicos y los pentecostales una diferencia de estilo? ¿De grado de entusiasmo? ¿De gusto litúrgico?

Los evangélicos están exhibiendo también una nueva franqueza hacia el romanismo. Hay un grado mayor de optimismo respecto de los cambios que parecen estar tomando lugar en la Iglesia Católica Romana. El número de junio de 1973 de *Christianity Today* expresó esta lustrosa valoración de la nueva franqueza de Roma hacia el pentecostalismo:

"Llámeselo renovación espiritual, reavivamiento o lo que sea, algo grande está sucediendo en la Iglesia Católica Romana. . . . [El Cardenal Suenens] informó a *Christianity Today* que no solo endosa él la renovación carismática como movimiento auténtico del Espíritu, sino que igualmente espera que se convierta en la corriente principal de la Iglesia Católica".

Una triple unión

El neo-pentecostalismo exhibe una nueva franqueza hacia los evangélicos y católicos romanos. El neo-romanismo demuestra una nueva franqueza hacia los pentecostales y evangélicos. No quedándose atrás, el neo-evangelicalismo muestra una nueva franqueza hacia los pentecostales y católicos romanos.

Este "neo-trío" se acerca entre sí cada vez más en un lazo creciente de simpatía. Hay una razón para esto. Cada uno de los integrantes del "neo-trío" coloca un énfasis singular sobre la *experiencia interna*. El factor unitivo es que el mensaje de cada uno de los "neos" es la *centralidad de la experiencia religiosa*.

Hemos escogido cuidadosamente nuestras palabras—"la centralidad de la experiencia religiosa". Ninguno que crea en la Biblia cuestiona la importancia de la experiencia religiosa ni el lugar de una genuina religión de corazón. Pero el "neo-trío" ha movido la experiencia religiosa al centro de su mensaje.

1. *El pentecostalismo y la centralidad de la experiencia*. La literatura neo-pentecostal está dedicada casi exclusivamente a la experiencia. Promueve lo que pro-

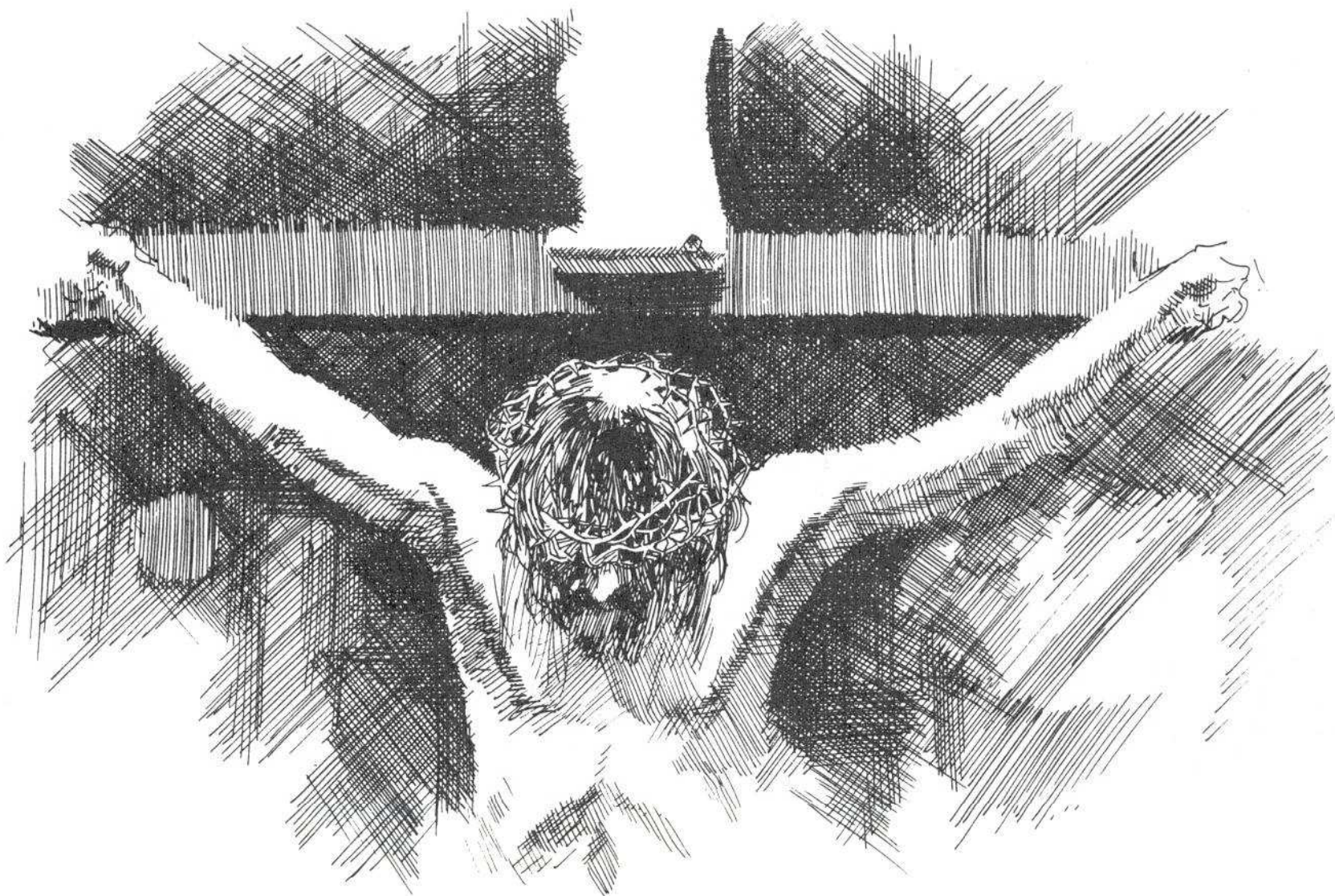
mete ser la experiencia excitante o satisfactoria de ser bautizado en el Espíritu. Se hace mucho uso del testimonio personal. Cierta ministra narra cómo sintió una gran sensación de paz "justamente hasta los talones de mis pies". En el *Christian Herald* de septiembre de 1972, una mujer presbiteriana testifica de lo que se siente al hablar en lenguas. Dice ella:

"Todos los gozos de mi vida se juntaron en un momento extático—toda la diversión de la niñez, mi primera cita, el momento cuando el hombre que yo quería me pidió compartir la vida con él, el alborozo del deseo sexual culminado. . . . tuve la sensación de que casi estaba flotando en vez de caminando".

2. *El romanismo y la centralidad de la experiencia*. Cualquiera que sepa algo de la doctrina clásica medieval de la *gratia infusa* sabe que la experiencia mística interna de la gracia infusa es el punto central de interés en la piedad católico-romana. El énfasis carismático encuentra grande aceptación en la Iglesia Romana porque, como lo tienen reconocido sus teólogos, el pentecostalismo "se encuentra en profunda armonía con la teología clásica de la Iglesia". —Padre Edward O'Connor, *La Renovación Carismática en la Iglesia Católica* (Mexico, Lasser Press Mexicana 1973). Roma, que tradicionalmente ha estado muy incómoda con la doctrina protestante de salvación mediante una justicia *imputada*, se encuentra como en su casa donde el énfasis supremo descansa sobre la experiencia interna. Los católicos romanos no solo abrazaron al movimiento carismático sino que, tal como lo declaró públicamente el presbiteriano Rev. Robert Whitaker, "Los católicos han traído una profundidad y amplitud y sanidad que ha salvado a este movimiento". —*New Covenant*, junio de 1973, pág. 7.

3. *El neo-evangelicalismo y la centralidad de la experiencia*. Para no quedarse atrás de los pentecostales protestantes o católicos, el movimiento evangélico está bien metido en el comercio de vender el evangelio de la maravillosa experiencia interna. Esto no es una cosa nueva en el movimiento evangélico. Durante años el reavivismo enfatizó fuertemente sobre una experiencia bien dramática del corazón. Generalmente los evangélicos han tenido mucho más que decir de la experiencia subjetiva de la conversión que de los poderosos actos de nuestra salvación en Cristo. Grupos tales como la "Cruzada estudiantil y profesional" ponen su foco de atención sobre la experiencia interna de recibir a Cristo en el corazón; "el excitante descubrimiento de la vida llena del Espíritu"; el desarrollo de "una personalidad cristiana radiante".

Básicamente, no hay gran diferencia entre los tres "neos". Los *motivos religiosos* fundamentales son los mismos. El mensaje de cada uno se centraliza abrumadoramente sobre la experiencia mística interna del creyente. Esta búsqueda de una experiencia dramática empírica o satisfactoria es la pasión ardiente del panorama religioso actual.



Parte 2: La pasión ardiente del Nuevo Testamento

Los apóstoles fueron hombres cuya pasión ardiente fue el mensaje de los actos redentores de Dios en Jesucristo. Volvieron el mundo al revés con la predicación del Evangelio, no corriendo por todas partes para hablar a la gente de sus excitantes experiencias religiosas.

¿Puede usted imaginarse al apóstol Pedro levantándose en el día de Pentecostés, para decir: "Amigos, quiero describirles la maravillosa experiencia que tuvimos esta mañana cuando fuimos bautizados en el Espíritu Santo. Sentí una gran sensación de paz, justamente hasta los talones de mis pies. . ."? ¿Puede usted imaginarse a una de las Marías, añadiendo su refulgente testimonio: "Deseo manifestarles el gozo de hablar en lenguas. Todos los gozos de mi vida se unieron en un momento extático—lo divertido de la niñez, la excitación de mi primera cita, el alborozo del deseo sexual culminado. . ."? ¡Ridículo! Este simple hecho se destaca en los Escritos Sagrados: La gente llena del Espíritu estaba tan ocupada con el mensaje de su Señor crucificado, resucitado y ascendido que escasa-

mente hacían referencia alguna a su propia experiencia. Su experiencia, por supuesto, fue real y genuina. Era la experiencia de ser capturados e identificados con el evento de Cristo.

Lucas es el escritor del Nuevo Testamento que frecuentemente narra incidentes en los cuales intervienen personas que fueron "llenas del Espíritu Santo". Cuando Zacarías fue "lleno del Espíritu Santo" (Luc. 1:67), abrió su boca y proclamó las obras redentoras de Dios. Cuando los discípulos que oraban fueron "todos llenos del Espíritu Santo", Lucas añade muy señaladamente: "hablaban con denuedo la palabra de Dios. . . Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús." Hech. 4: 31, 33.

Esto señala la diferencia vital entre la iluminación del Espíritu Santo y el misticismo religioso. Cuando se derrama el Espíritu, algo *se dice*. En el misticismo, algo *se siente*. La una da testimonio del mensaje objetivo de la actividad redentora de Dios en favor de su pueblo. El otro testifica de algún evento subjetivo.

La naturaleza del evangelio

Hemos dicho que la pasión ardiente de los apóstoles fue el evangelio—las buenas nuevas acerca del evento mesiánico. El evangelio es algo histórico y objetivo. Nunca debemos olvidar esto.

Cuando la gente cree el evangelio y llega a interesarse supremamente en la maravillosa obra de Dios por ellos en Cristo Jesús, reciben ciertamente una nueva experiencia. Tal evangelio los cambia radicalmente, los regenera y santifica en una nueva clase de existencia. Todo esto es el fruto del evangelio. Pero no es el evangelio. Se efectúa la mayor traición cuando los hombres toman lo que debe ser el fruto del evangelio y hacen de eso el evangelio. Es como usar el don de la gracia de Dios para robarle su gloria. El orden del Nuevo Testamento es,

EL EVANGELIO LA EXPERIENCIA

(El evangelio por encima de la experiencia);
y es una gran herejía colocarlos en este orden,

LA EXPERIENCIA EL EVANGELIO

(La experiencia por encima del evangelio).

Si el evangelio no conserva el primer lugar, no tiene ningún lugar. La mayor dificultad que Pablo enfrentó fue la de gente e iglesias que estaban continuamente inclinadas a subordinar el evangelio a un papel inferior a sus propias experiencias religiosas. De esto testifica el problema de Corinto. ¿Cuál fue el asunto allí? Algunos de los corintios estaban preocupándose tanto por sus dones espirituales que se olvidaron del evangelio. De modo que Pablo tuvo que decirles:

“Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano. Porque primeramente os he enseñando lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras”. 1 Cor. 15:1-4.

No es tan difícil reconstruir lo que sucedió en Corinto, Galacia y Colosas, viendo que allí los creyentes confrontaban tentaciones idénticas a las nuestras. Se presentaron falsos maestros entre los creyentes, diciendo: “Pablo les enseñó el evangelio. Eso está bien—eso es justamente lo que se necesita para comenzar la vida cristiana. Ahora ustedes deben seguir adelante y subir más alto. Nosotros les traemos el secreto de la vida más profunda, el evangelio completo, el secreto

real de la vida victoriosa”. Esta fue *la gran herejía* de la iglesia en los tiempos del Nuevo Testamento. La herejía de relegar el evangelio como algo que posee gran significado en el tiempo de la iniciación cristiana pero que después de esto los creyentes debían, supuestamente, elevarse a cosas más altas.

En sus días, Lutero tuvo que contender con la misma clase de mentalidad. Los entusiastas estaban listos para admitir que Lutero tuvo un buen comienzo con la doctrina de la justificación por la fe en la obra de Dios en Jesucristo. Pero, igual que el Dr. neo-pentecostal Rodman Williams de hoy día,¹ ellos sentían que el gran reformador era muy deficiente en su doctrina de la obra del Espíritu Santo en las vidas humanas. Deseando ir más allá de la justificación por gracia, los evangélicos radicales gritaban: “¡El Espíritu, el Espíritu!” El centro de su interés era la obra de Dios en el corazón humano, pero trágicamente, tal como sucede con todos los que hacen de esto el centro de su mensaje, no podían ver ninguna cosa más elevada que sus propios ombligos espirituales.

Lutero entendió la mentalidad de la herejía cuando describió cómo la gente estaba constantemente inclinada a poner el evangelio a sus espaldas:

“Uno no debe quedarse para siempre con este mismo asunto, sino que [dicen las sectas] debe continuar y progresar. Querido pueblo, acaban ustedes de escuchar la misma cosa por tanto tiempo repetida; debéis elevaros más alto”. —*What Luther Says* (St. Louis: Concordia), Vol. 3, pág. 1268.

La relación del evangelio y el Espíritu Santo

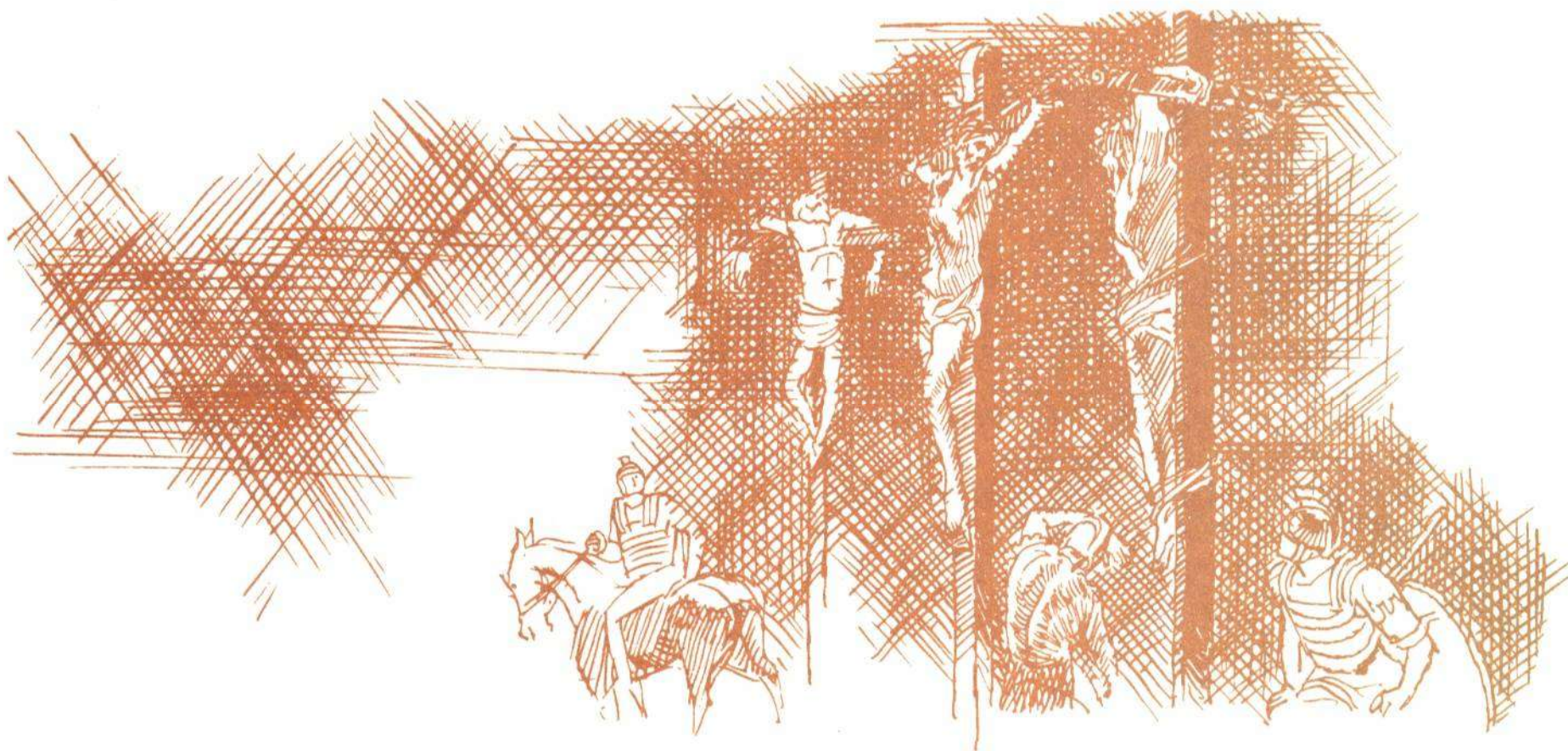
Como ampliamente lo ha demostrado la historia de la iglesia, nada amenaza a la supremacía del evangelio tanto como una falsa preocupación por el Espíritu Santo. Por lo tanto, es urgente que entendamos el verdadero papel del Espíritu Santo en la redención humana. Debemos dirigirnos a esta pregunta vital: ¿Cuál es la relación entre el evento mesiánico y la obra del Espíritu Santo hoy día?

La contestación nos ha sido dada claramente en las palabras de nuestro Señor:

“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber.” Juan 16:13, 14.

Así como Cristo vino a este mundo a manifestar (a revelar, a exponer, a presentar) el Padre (Juan 1:18; 14:9), igualmente el Espíritu Santo viene a revelar a exponer, a presentar la gloria de la Persona y obra de Cristo.

¹J. Rodman Williams, *The Pentecostal Reality* (Plainfield, N. J.: Logos International), págs. 38-40.



Respecto de la obra de Dios por nosotros en Cristo, el apóstol Pablo declara:

“Antes, bien como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que ha preparado Dios para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. . . Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido”. 1 Cor. 2:9, 10, 12.

Nadie podría comprender el significado del evento mesiánico sin el ministerio del Espíritu Santo, quien viene a nosotros (por causa de la expiación de Cristo), no con energía modificada, sino con la plenitud del poder divino. Se necesitó nada menos que el Pentecostés para ver lo que Cristo obró ya por nosotros. Este hecho queda claro del relato del Nuevo Testamento. Ningún sermón evangélico fue predicado hasta el Pentecostés. ¿Por qué? Pues, no fue hasta el Pentecostés que alboreó sobre los discípulos el significado real del evento de Cristo. Fue el Pentecostés lo que dió a los discípulos esa iluminación en lo que toca a la Persona y obra de Cristo. No fue sino hasta el Pentecostés que comprendieron plenamente que habían estado viviendo actualmente en la presencia del Señor de la gloria. Mediante el don del Espíritu se perdieron en la imponente maravilla de la Encarnación, y no podían hablar de ninguna otra cosa. Necesitamos también al Espíritu Santo para ver lo que los discípulos vieron en el evento de Cristo. Entonces sabremos que la mente humana no puede contemplar cosa mayor que ésta:

Que Dios mismo hizo una visita a este planeta en la Persona de Su Hijo. Fue el Creador del cielo y de la tierra el que nació en un portal y durmió en la caja

de comida de un burro. Fue el Señor de la gloria, quien estuvo envuelto en aquellos pañales. Aquel quien era el Dueño del ganado que pace sobre mil colinas no tuvo donde recostar su cabeza. Fue el Juez de todos, quien fue arrestado a medianoche por hombres pecadores, y emplazado ante cortes corruptas donde se abusó de él, se lo escupió y fue herido por hombres insensibles. El Juez de todos se convirtió en el acusado de todos. El vil populacho le juzgó digno de muerte—no de una muerte decente, sino de la clase de ejecución más cruel y vergonzosa, reservada para los que eran considerados como la escoria del mundo. Fue tratado como una serpiente, como una serpiente venenosa, digna sólo de ser aplastada y echada fuera de la sociedad humana. Así fue como él vino a ser el cumplimiento de la serpiente simbólica que Moisés levantó en el desierto (Juan 3:14). Véanle suspendido entre la tierra y el cielo como el Hombre olvidado y maldito. Levantado de la tierra, porque la tierra le había rechazado. Pero no sólo la tierra, por cuanto también el Cielo le contó con los transgresores. Dios puso nuestros pecados sobre él y lo trató como nosotros merecemos ser tratados.

Quando Cristo Jesús fue crucificado
Las tinieblas ocultaron su rostro.
Allí, olvidado de Dios y del hombre,
Tomó el lugar de un ser odioso.
El transgresor no puede habitar con Dios.
No tiene ni luz ni reposo.
Por esto de Cristo el Padre su rostro ocultó.
Fue Jesús el que llevó mi castigo horroroso.

Habiendo llevado nuestros pecados y sufrido sus consecuencias, Cristo resucitó de entre los muertos y ascendió a la gloria.

"E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad:
Dios fue manifestado en carne,
justificado en el Espíritu,
visto de los ángeles,
predicado a los Gentiles,
creído en el mundo,
recibido arriba en gloria".
1 Tim. 3:16.

A medida que estudiamos el inmenso acto de expiación de Dios en Jesucristo, el Espíritu Santo nos da fe por el oír del mensaje de Cristo (Rom. 10:17). Como dijera Juan Calvino, "... la fe es la más importante de sus obras". —Juan Calvino, *Institución de la religión cristiana*, (Fundación Editorial de Literatura Reformada, Rijswijk, Países Bajos) Vol. 1, pág. 404. La fe es el ojo del alma que ve nuestra identidad con Jesucristo. A saber:

Que él se constituyó en nuestro Hombre. Tomó nuestra naturaleza humana sobre su naturaleza divina. El era nuestro Representante. Así como estamos unidos a Adán, nuestra primera cabeza, y estábamos en Adán cuando él pecó (y fuimos hechos pecadores por su acto de desobediencia—Rom. 5:18, 19), podemos justamente ver, por medio de la fe, cómo nosotros mismos estamos en Jesucristo. Las buenas nuevas no son sólo que él vivió, murió y resucitó por nosotros, sino que, como creyentes ante Dios, cuando Cristo vivió, murió, resucitó y ascendió a la gloria, nosotros estábamos en él. De hecho, fue nuestra naturaleza humana la que vivió una vida perfecta en Cristo Jesús hace 2,000 años. Fue nuestra humanidad la que fue castigada, asesinada y enterrada en la tumba nueva de José de Arimatea. Y cuando Cristo resucitó de entre los muertos y ascendió a la gloria, nosotros resucitamos en él y se nos hizo sentar a la diestra del favor de Dios con él (Efe. 2:5, 6). En Cristo, Dios nos purgó, perfeccionó y llevó al trono de la gloria. Las buenas nuevas son que hemos sido lavados hasta quedar limpios, en Cristo Jesús, y llevados a un perfecto compañerismo con Dios. Las buenas nuevas no son, "Sea paciente, pues todavía Dios no termina conmigo", sino el mensaje de que Dios ha terminado con nosotros en Jesucristo, porque "estais completos en él". Col. 2:10.

Decimos otra vez que la obra principal del Espíritu es la de darnos fe—fe que viene por la explicación que



el Espíritu da del evento de Cristo. La fe es el ojo del alma que no puede ver cosa alguna sino la gloria de Cristo. Al igual que el ojo, no puede verse a sí mis-

ma. La fe del Nuevo Testamento no es fe en nuestra experiencia—no es fe en nuestro nuevo nacimiento; no es fe en nuestra sumisión y entrega; no es ni siquiera fe en nuestra fe. Es fe en la Persona y obra de Cristo. Cuando Pablo llega a su glorioso clímax en la presentación de su tesis evangélica a los romanos, reta a la tribulación, a la aflicción, a la persecución, al hambre, a la desnudez, al peligro, a la espada, a la muerte, a la vida, a los ángeles, a los principados, a las potestades, a las cosas presentes y a las cosas por venir a que le condenen o separen del amor de Dios que es en Cristo Jesús. ¿Sobre qué se fundaba la confianza de Pablo? ¿Sobre su vida llena del Espíritu (porque Romanos 8 es el gran capítulo de la vida llena del Espíritu)? ¿Se alienta Pablo a sí mismo pensando en su nuevo nacimiento, en su ministerio lleno del Espíritu o en sus grandes experiencias misioneras? ¡No! Bien puede llamarse su vida llena del Espíritu una vida llena de fe. ¿Fe en qué?

"¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros". Rom. 8:34.

Véase cómo el fundamento de la confianza del apóstol es completamente objetivo. Se basa totalmente en las realidades históricas evangélicas.

Conclusión

El evento de Cristo y la venida del Espíritu Santo—he aquí los dos grandes temas que deben relacionarse correctamente. Estos no deben verse como dos puntos focales que compiten para atraer nuestra atención. El Nuevo Testamento conoce sólo un punto focal—el evento mesiánico. El Espíritu viene para descubrir y definir el significado de tal evento para nosotros.

Por lo tanto, debemos declarar que la pasión ardiente del panorama religioso actual carece de la evidencia novotestamentaria de la obra del Espíritu Santo. En lugar de ocuparse en la Persona y obra de Cristo, como lo hicieron los apóstoles y los reformadores, el panorama actual religioso está ocupado con las experiencias religiosas. Esta es una observación muy seria, pero la mayoría de la literatura religiosa actual debe ser juzgada de esta forma, sobre su propio testimonio. "De la abundancia del corazón habla la boca".

Doquiera que se derrame el Espíritu, allí se encontrarán hombres y mujeres ocupados con el Evangelio—Cristo nuestro Representante, Cristo nuestro Sustituto, Cristo el Garante del mejor pacto, Cristo nuestro Sumo Sacerdote e Intercesor a la diestra de Dios, Cristo guiando los asuntos de la historia humana hacia el día de su venida en gloria. Repetimos, doquiera que el pueblo de Dios se ocupe de Cristo en esta forma, allí está la verdadera evidencia del Espíritu Santo.

El panorama religioso actual y la Biblia

Geoffrey J. Paxton



Parte 1: La experiencia religiosa por encima de la Palabra

Estamos viviendo en una era de aceleración ecuménica sin precedentes. Tal cosa se debe a los tres grandes "neos" del panorama común religioso—el neopentecostalismo, el neo-romanismo y el neo-evangelicalismo. El optimismo ha llegado a su cumbre en lo que toca al fermento religioso de hoy día. Por ejemplo, no hace mucho *Christianity Today* citó a John A. McKay, diciendo que el futuro del cristianismo muy bien puede estar en un catolicismo reformado y un pentecostalismo maduro, ¡No pocos contemplan el "despertar" de hoy día como el más grande despertar religioso desde el Pentecostés!

Los tres grandes "neos" son diversos y esto hace de las generalizaciones una cosa aun más peligrosa que lo que comúnmente son. Sin embargo, la responsabilidad de evaluar al panorama religioso actual, a pesar de su diversidad, no debe evadirse. No es nuestra intención magnificar los excesos o triunfos, sino arribar al rumbo fundamental del fermento religioso.

Seguramente uno de los aspectos básicos de cualquier movimiento o conglomerado de movimientos es *el lugar que se le ascribe a la Biblia*. En los tres "neos" abundan las afirmaciones apasionadas referentes a la Biblia. Se dice que "el bautismo en el Espíritu" da gran amor a la Biblia; se dice que la "experiencia carismática" abrió las Escrituras a muchos. Pocos son los que no saben del "nuevo acercamiento" de Roma a las Escrituras; de su nueva "actitud franca" aun hacia los credos fundamentales de la teología de la reforma. Nos incumbe a nosotros inquirir sobre tales afirmaciones.

¿Qué revela la evidencia? ¿Cuál es el rumbo fundamental con relación a la Biblia? ¿Podría definirse, con seguridad relativa, en un área limitada? Creemos, a pesar de las excepciones aquí y allá, que la dirección general con relación a las Escrituras es causa de alarma. Mayormente *se subordina la Biblia a la experiencia*. El rumbo dominante es hacia la posición de poner *a la experiencia por encima de la Palabra*. Sugerimos

que esto es cualquier cosa menos una plataforma sólida para el futuro de la iglesia.

El neo-romanismo

Se pueden hacer las siguientes declaraciones respecto de la nueva faz del catolicismo y la Biblia:

1. El neo-romanismo ve a la Biblia, en sí, en forma diferente del punto de vista católico romano tradicional de la Escrituras. Aunque en el romanismo tradicional la Biblia quedó subordinada a la iglesia, la iglesia mantuvo una alta visión de la inspiración e infalibilidad de las Escrituras. El neo-romanismo se sujeta sólo a una infalibilidad y autoridad restringidas. Esto (como había de esperarse) ha sido afirmado diversamente por diferentes eruditos en el movimiento progresista de la Iglesia de Roma.

2. Si la Biblia solo tiene una infalibilidad y autoridad restringidas, ¿quién lleva la autoridad absoluta? A fin de llegar al hueso de esta pregunta, recomendamos a nuestros lectores interesados que estudien la influencia de Juan Enrique Newman (siglo diecinueve) sobre la actitud del Concilio Vaticano II a la Biblia y a la revelación. Nosotros sólo podemos poner aquí lo crucial de su punto de vista: Newman creía que la Escritura sólo reduce a la forma escrita una parte de la revelación especial. Existe también revelación no hablada en las Escrituras—revelación no-proposicional. La mente capacita al cristiano para entenderse con la revelación escrita, mientras que la “*intuición*” (también llamada “*discernimiento*”) da acceso a la revelación no escriturada. La revelación afianzada por la intuición “*llena el vacío y pone carne sobre las costillas de lo que fue confiado a la Escritura*”.

El popular y famoso Hans Kung refleja las mismas evaluaciones de la autoridad bíblica. Para Kung, no toda la Biblia constituye la Palabra de Dios. De hecho, él más bien preferiría hablar de la “*infalibilidad del encuentro religioso*” que de la infalibilidad de la Biblia. Para Kung, la Biblia es la más cercana descripción que el teólogo puede dar de la realidad de Dios y de Cristo. Siendo este el caso, tanto las palabras de la Biblia como los teólogos son defectuosos.

3. Para resumir, si la Biblia no lleva la autoridad absoluta, luego la autoridad absoluta debe colocarse en el hombre. *A pesar de las diferencias obvias entre el catolicismo de nuevo rostro y el del tiempo antiguo, esta proposición trágica, de una autoridad final fuera de la Biblia misma, es común para ambos. Queda siempre exaltada la experiencia del hombre por encima de la Palabra Escrita.*

El neo-pentecostalismo

Como mencionamos anteriormente, las afirmaciones de tener un mayor aprecio por la Biblia no son cosa



Cardenal Juan Enrique Newman

que se oiga raramente entre los carismáticos (y algunas veces fuera del movimiento carismático también). Muchos afirman que el “*bautismo del Espíritu*” abre la Biblia para los carismáticos. Sin embargo, ¿qué indica la evidencia, cuando echamos una mirada a la literatura carismática? Muestra la subordinación de la Biblia al espíritu humano—la experiencia sobre la Palabra. Hacemos la siguiente observación respecto del uso que hacen de la Biblia los carismáticos:

1. Con frecuencia se cita la Biblia *fuera de su contexto*. Cuando esto sucede se impone un significado extraño al texto o pasaje. Se coloca la Palabra del hombre sobre la Escritura y luego se llama a esto la Palabra de Dios. Podemos hacer tal cosa con mucho fervor y entusiasmo elogiando el texto. Pero ya se ha perpetrado la falsificación de la Palabra. “*Un texto fuera de contexto es un pretexto*”.

2. Existe una evidente y alarmante *superficialidad* en el uso de las Escrituras en gran parte de los escritos carismáticos. Una falta de consideración cuidadosa de un texto o pasaje no es señal de preocupación por su significado. A pesar del hecho de que un examen más detenido del texto mostraría otro significado, ellos introducen en la Escritura un significado que proviene de otro marco independiente a la Biblia. Difícilmente es la superficialidad tocante a la Biblia señal de inmensa devoción hacia su significado, ¡al significado real de la Palabra de Cristo!

3. Un tercer y trágico aspecto de la actitud carismática hacia la Biblia es que en demasiadas ocasiones *queda precisamente ignorada*. Esta falta de consideración de la Biblia se efectúa con una demostración de espiritualidad, pero no por eso es menos seria ni trágica. Con frecuencia cuando se hace caso omiso de la Biblia se hace recurriéndose al Espíritu. Con todo, esta apelación es una apelación al Espíritu *aparte de y aún por encima de* la Palabra.

Por ejemplo, en su libro *Pentecostales Católicos* ("Libros Logos", Plainfield, N. J., 1971), Dorothy y Kevin Ranaghan, exaltan ideas únicamente sobre la base de la experiencia. Además, en un apéndice del libro argumentan seriamente que "los valores del pentecostalismo, como parte del cristianismo, válida y llena de sentido, pueden encontrarse tanto la izquierda teológica como la derecha". —pág. 225. Por izquierda se infiere la corriente radical de Robinson y Bultmann, quienes llanamente descartaron el concepto ortodoxo de la Biblia; y por derecha se infiere a los que todavía se sujetan al concepto histórico ortodoxo. Aparentemente, el Espíritu es bastante indiferente a la Palabra. ¡No hay diferencia si uno cree o niega la Biblia; el Espíritu sigue aún viniendo en su gloria!

Para que los protestantes no se cobijen bajo la sombra de un árbol, por cuanto las citas anteriores provengan de católicos romanos, (aunque a través de una editorial evangélica), tenemos aquí un par de notas no menos inquietantes escritas por un carismático protestante, J. Rodman Williams, presidente de la Escuela de Teología Melodyland:

"... en el pasado, nosotros discutíamos entre nosotros los buenos puntos de la "Presencia Real". Tal cosa ha sido ahora completamente eliminada, y en la hermandad del Espíritu nos sentamos juntos en la Mesa del Señor, no para discutir la Presencia Real, sino para gozar de ella.

Puedo recordar ocasiones de *plena* participación en la Cena del Señor en tradiciones tan ampliamente diferentes como lo son los católicos romanos y las Asambleas de Dios, los episcopales y la Iglesia de Cristo". —J. Rodman Williams, *The Era of the Spirit* (1971, pág. 45).

El significado de lo que el Dr. Williams dice es que el Bautismo en el Espíritu Santo ha dejado sin significado las antiguas disputas. Parece haber cierta confraternidad en el Espíritu *aparte de la Palabra*—sí, y hasta por encima de la Palabra. Pero no podemos hallar en ninguna parte de las Escrituras que el amor por la Biblia se exprese en un descuido intencional de la Palabra. La tragedia es que citas como las mencionadas anteriormente pueden multiplicarse indefinidamente.

4. El punto final referente a los carismáticos y la Biblia es que el método carismático de manejar la Palabra se deriva, esencialmente, del evangelicalismo. El carismático utiliza un acercamiento evangélico a la Biblia y sale con una historia diferente en lo que toca a la vida cristiana (aunque en nuestra estima no es tan diferente).

Todas las cosas que hemos dicho del uso que hacen los carismáticos de la Biblia, se aplican también a los evangélicos. Es imposible levantar preguntas serias respecto de la forma que el carismático usa las Escrituras, sin cuestionar a una misma vez los bien arraigados métodos evangélicos.

Debemos recordar que este punto final no ha sido señalado por un no-evangélico, sino por uno que es evangélico y presidente de un colegio bíblico evangélico en Australia. Tras este último punto yace la observación del comportamiento de los jóvenes evangélicos y de su uso de las Escrituras.

El neo-evangelicalismo

Cuando llegamos a hablar del neo-evangelicalismo, no deseamos negar los grandes beneficios que surgieron del erudismo neo-evangélico en el área de los estudios bíblicos. Sin embargo, resta el hecho de que el grueso de los amigos evangélicos tiene su teología bíblica moldeada de acuerdo a sus oradores y autores populares, y no de acuerdo a teólogos y exégetas sólidos y sobrios en las filas evangélicas. Los grandes nombres en el evangelicalismo popular no son los nombres de nuestros mejores teólogos y exégetas. Y cuando se consulta la obra de tales eruditos, con frecuencia se las consulta en el ya fijado marco mental del que la está consultando.

1. Repetimos a fin de enfatizar que lo que se ha dicho previamente respecto de los neo-pentecostales y la Biblia es verdad respecto de los cristianos neo-evangélicos. Frecuentemente se trata a la Biblia como un repositorio de información *sin contexto* acerca de un punto de vista preconcebido de la existencia cristiana. Característica peculiar de la gran mayoría de la oratoria y escritura influyentes en los círculos evangélicos de hoy día es *la superficialidad*. Además, no pocas veces, sencillamente *se ignora a la Biblia*. Recientemente estuve leyendo una ferviente declaración, acerca de la experiencia cristiana, bastante alejada de la perspectiva bíblica. Una de las características principales de la presentación fue la bien marcada ausencia de fundamento escritural.

Existen dos características principales en muchos de los jóvenes que solicitan entrar en nuestro colegio en Australia. En primer lugar tenemos una confesión propia de la ignorancia de la Biblia. (La mayoría de ellos dan este motivo para asistir a nuestro colegio: "Para conocer la Biblia".) Segundo, ¡un dogmatismo inmovible en lo que ellos creen! ¡Doquiera que hallen su teología, de cierto que no proviene de la Palabra de Dios!

2. Cuando decimos que a la Biblia se la ignora en el neo-pentecostalismo y en el neo-evangelicalismo surge la pregunta, ¿luego, de dónde proviene su información? ¡En muchas ocasiones proviene del Señor directa-

mente—o de su Espíritu! ¡Más de una vez he oído a líderes populares e influyentes decir cosas que sólo podrían atribuirse a “una sesión privada con el Señor mismo” sólo la noche anterior! Y a esto podemos añadir, ¡aparte de la Palabra!

Algunas veces los líderes evangélicos reclamarán haber tenido visiones y revelaciones especiales como fuente de sus ocasionalmente bizarros puntos de vista. A tal cosa llamamos “gurismo evangélico”. Pero qué lástima. ¡Cuán dominante es este tipo de cosas, esta apelación al Espíritu aparte de la Palabra! No es injusto decir que si uno desafía tal posición recurren aún al Espíritu *por encima* de la Palabra.

3. Esto nos conduce a una tercera característica de gran parte del evangelicalismo popular—*el papel determinante de la experiencia*. Si lo ha experimentado el neo-pentecostal o el neo-evangélico, luego debe ser la enseñanza de la Biblia. Esta apelación a la experiencia sobre la Palabra toma diferentes formas.

Por ejemplo, una de las formas más frecuentemente halladas es “*el criterio de la vida cambiada*”. ¡Cuán difícil es sugerir que algo no es bíblico cuando ha cambiado el estilo de vida de una persona! ¿Ha tratado usted alguna vez de conseguir que un carismático recapacite sobre su punto de vista mientras le narra a usted cuán grande cambio ha venido a su vida? ¡Cuán to más ama él a Jesús por causa de esta experiencia! Esta es la vía pragmática: “¡funciona!” Y, por consiguiente, si funciona es bíblico.

Otra forma es “*el criterio de los grandes números*”. Si un maestro bíblico particular tiene grandes multitudes amontonándose para escucharle, entonces seguramente esto será señal de que el Señor endosa su mensaje. ¿Sería apoyado tan vigorosamente el movimiento carismático si no fuera tan grande y estuviera tan diseminado? ¿Parecería tan verdadero el Instituto de Conflictos Básicos Juveniles de Bill Gothard si tan sólo hubieran asistido a él 200 personas en un oscuro rincón de Los Angeles en vez de 18,000 en el Coliseo de Los Angeles? La gran frase, “poder significa razón” forma una parte mayor de nuestra mentalidad que lo que comprendemos. Todo se suma al hecho de ver a las grandes multitudes, sin duda, como la bendición y aprobación del Señor. La base de esto es una premisa legalista—que el Señor nos bendice tan sólo cuando estamos en lo correcto.

¡Cuán difícil resulta conseguir que la gente considere lo que una persona dice cuando tal persona pertenece a una minoría! En mucho del pensar evangélico, minoría es inferioridad y mayoría es superioridad.

Conclusión

Concluimos sugiriendo que los tres grandes “neos” están fundamentalmente de acuerdo en esta subordi-

nación de la Biblia al espíritu humano. Aquí es donde radica la afinidad fundamental de los tres “neos”, aunque existen diferencias externas y hasta algún intercambio de hostilidad.

Cuando hablamos de la experiencia sobre el evangelio estamos diciendo que *el mensaje* de la Biblia queda subordinado al mensaje del hombre. Y cuando hablamos de la experiencia sobre la Palabra, estamos diciendo que *el significado* de la Biblia queda subordinado al significado que el hombre impone sobre la Palabra.

Creemos que esto enfoca el desvío fundamental del panorama religioso actual. No sugerimos ni por un instante que a través de los tres “neos” no se estén resucitando elementos bíblicos perdidos en la historia (Por ejemplo: la negación de la infalibilidad papal y otros puntos que sostiene el Dr. Hans Kung; la insistencia en la amplia distribución de los dones de Dios, cosa que nos recuerda el movimiento carismático; etc.). Pero tales elementos bíblicos se encuentran dentro de un marco fundamentalmente erróneo. Todos nosotros estamos plagados por el error, debido a nuestra pecaminosidad. Sin embargo, es mejor tener elementos de error en un marco bíblico correcto que tener elementos de verdad en un marco fundamentalmente incorrecto. En esta última instancia aún los elementos de la verdad sirven al error básico.

No obstante sus imperfecciones, la Reforma del siglo dieciséis fue una reforma en el más verdadero sentido de la palabra. La Palabra de Dios dictaba el pensar de los reformadores. Hoy día, en la supuesta reforma que habrá de dar fin a todas las reformas, sospechamos que los reformadores están dictándole a la Palabra lo que debe decir y cuándo debe decirlo. Pero no hay un movimiento genuino del Espíritu aparte de un movimiento genuino del Evangelio de Dios y de la Palabra.



Parte 2: Juan Calvino y una apelación al Espíritu

En el libro 1, capítulo 9 de su *Institución de la religión cristiana*, Juan Calvino tiene algunos consejos oportunos y útiles que darnos respecto del Espíritu y la Palabra de Dios.

Primero, Calvino nos habla de *una apelación incorrecta al Espíritu*. Existe, dice él, una exaltación del Espíritu que se iguala a nada menos que desprecio por la Palabra de Dios. Los que loan al Espíritu en esta forma efectúan una separación entre el Espíritu y la Palabra. Tal separación no encuentra, en lo absoluto, precedente alguno en los apóstoles de Cristo. Calvino procede a citar Isaías 59:21:

"El Espíritu mío que está sobre ti, y mis palabras que puse en tu boca, no faltarán de tu boca, ni de la boca de tus hijos. . . desde ahora y para siempre".

Todos los que separan al Espíritu y la Palabra separan lo que el profeta unió con un lazo inviolable. Luego Calvino nos da una declaración memorable:

"Por tanto no es cometido del Espíritu Santo que Cristo prometió, inventar revelaciones nuevas y nunca oídas o formar un nuevo género de doctrina, con la cual apartarnos de la enseñanza del Evangelio, después de haberla ya admitido; sino que le compete al Espíritu de Cristo sellar y fortalecer en

nuestros corazones aquella misma doctrina que el Evangelio nos enseña". —Juan Calvino, *Institución de la religión cristiana*, Vol. 1, pág. 45 (Fundación Editorial de Literatura Reformada, Rijswijk, Países Bajos).

Calvino se dirige a todos los que desean separar al Espíritu de la Palabra, ya sean eticistas de la estampa situacional, carismáticos o evangélicos. Aquí tenemos un precepto escritural sobrio: No apeleis al Espíritu independientemente de la enseñanza de la Escritura. Hacer tal cosa es dividir lo que Dios ha unido. Si deseamos conocer al Espíritu, conozcamos la Palabra.

Segundo, Calvino nos dice *cómo podemos reconocer al Espíritu*:

"... Si alguno, menospreciando la sabiduría contenida en la Palabra de Dios, nos enseñare otra doctrina, ese tal, con toda razón debe ser sospechoso de fatuo y menitroso". —*Idem*.

Después de esta declaración, Calvino formula la importante pregunta: "...¿qué autoridad tendría entre nosotros el Espíritu Santo, si no pudiese ser discernido con alguna nota inequívoca?" Se nos recuerda que Satán se viste a sí mismo como ángel de luz (2 Cor. 11:14). ¿Cuál es esta "nota inequívoca" por la cual somos capaces de reconocer al Espíritu y no ser engañados por el maligno? La respuesta, pura y simple es *la concordancia del Espíritu con la Escritura*.

¿Sería esto poner el Espíritu a prueba? Si lo deseamos podemos decir esto. Sin embargo, Calvino se apresura a añadir que esto es "un género de examen querido por él, para que su majestad quedara establecida entre nosotros". El Espíritu es el Autor de las Escrituras y,

"... no puede ser distinto de sí mismo. Cual se manifestó una vez en ella, tal conviene que permanezca para siempre. Esto no es una afrenta para con él..." —*Ibid.*, págs. 45-46.

Si la enseñanza no cuadra con la Escritura, luego no importa cuán entusiasta, influyente o emocionalmente sea presentada, no proviene del Espíritu de Dios. Para honrar al Espíritu, debemos honrar la Biblia; y honrar la Biblia significa procurar, por encima de todo lo demás arribar a su significado preciso. Honrar al Espíritu y la exégesis Bíblica cuidadosa son dos maneras de decir la misma cosa.

Tercero, para Calvino *La Palabra y el Espíritu no sólo están de acuerdo, sino que permanecen inseparablemente juntas*. Calvino dice que Pablo llama a su ministerio "la ministración del Espíritu" (2 Cor. 3:8).

"... dando con ello a entender que el Espíritu de Dios está de tal manera unido y ligado a Su verdad, manifestada por El en las Escrituras, que justamente El descubre y muestra su potencia, cuando a la Palabra se le da la reverencia y dignidad que se le debe". —*Ibid.*, pág. 46.

Dios, continúa diciendo Calvino, ha ordenado las cosas de tal forma que cuando el Espíritu brilla, "la pura religión y la reverencia a su Palabra arraigan en nosotros..."

Hoy día escuchamos mucho acerca del "derramamiento del Espíritu de Dios" y del nuevo y apoteósico "resplandor del Espíritu". Debemos preguntarnos, ¿dónde está la religión perfecta de la Palabra? Un gran despliegue del Espíritu significará un gran despliegue de la Palabra. Hay algunos hoy día que ven el reavivamiento carismático actual como el mayor reavivamiento desde el Pentecostés. ¿No deberíamos ver también el más grande reavivamiento de la predicación y enseñanza bíblica desde el Pentecostés? ¡Y qué lástima, que no lo vemos!

Calvino arroja sana luz sobre la frase que hoy día se repite mucho. "No apaguéis al Espíritu". 1 Tes. 5:19. Frecuentemente entiéndese por esto que si somos escépticos hacia la inmensa cantidad de predicación y enseñanza espíritu-céntrica de hoy día estamos por eso apagando al Espíritu. ¡Lo que no se comprende es que del pasaje en 1ra. de Tesalonicenses se desprende la idea de que la forma por excelencia de apagar el Espíritu es teniendo un acercamiento erróneo a la predicación de la Palabra! Calvino dice:

"... con lo cual quiere sin duda decir, [Pablo] que la luz del Espíritu se apaga cuando las profecías son menospreciadas". —*Ibid.*, pág. 46.

Rehusarse a preocuparse por el Espíritu no es apagar el Espíritu, sino que apagar el Espíritu es menospreciar la Palabra. El capítulo 9 del primer libro de Calvino en su *Institución* es sólo un capítulo corto. ¡Pero cuán cargado está de sabiduría y visión! El panorama religioso actual necesita este balance bíblico y, por ende, espiritual. Tememos que la apelación al Espíritu en el neo-pentecostalismo, neo-romanismo y neo-evangelicalismo sea una apelación que, en su análisis final, deponga a la Santa Palabra de Dios. Si las reclamaciones de los seguidores de estos movimientos son correctas, esta era debería aproximarse a la era apostólica en la predicación y enseñanza de la Palabra. ¡Deberíamos estar ahora expuestos a una predicación y enseñanza del Evangelio que eclipse aún a aquella de los reformadores y Puritanos! ¡Pero qué lástima, cuán manifiesta es la falta de tal cosa hoy día!

Juan Calvino nos amonesta para que nos cuidemos de caer en las garras del que se disfraza como ángel de luz. ¡Cuidado con clamar: "El Espíritu, el Espíritu" sin clamar a la vez: "El evangelio, el evangelio" o "La Palabra, la Palabra"! Cualquier apelación al Espíritu, si es creación del Espíritu mismo, significará automáticamente una apelación a la Palabra de Dios. Aquel que tenga oídos para oír, que oiga.



Parte 3: Lutero y Calvino en la autoridad de la Biblia

¿Qué significa tener a la Biblia como la única autoridad? Hay algunos hoy día que contestarían tal pregunta, diciendo que la autoridad de la Biblia es manifiesta, sólo cuando la iglesia escucha la "Palabra" en "las palabras". Otros dirían que la autoridad de la Biblia yace en los grandes eventos históricos de la salvación que registra. De aquí que la porción verdaderamente autorizada de la Biblia está en las secciones que narran la historia sagrada. Aún otros dirían que la autoridad de la Biblia es cristológica. El canon dentro del canon es Jesucristo. La Escritura, dirían, tiene autoridad sólo cuando da testimonio de Cristo.

¿Qué entendieron Lutero y Calvino por la autoridad de la Biblia? ¿Pueden ellos ofrecernos algún consejo en este asunto vital? Nosotros creemos que pueden.

Todos los que están familiarizados con la Reforma del siglo dieciséis saben que su contraseña fue *sola Scriptura*— "¡La Biblia solamente!" Esta afirmación fue levantada en contra del papa, de los padres y de los concilios.

El "sólo Escrituras" de Lutero y Calvino significaba al menos cuatro cosas: (1) La necesidad de las Escrituras, (2) la autoridad de las Escrituras, (3) la suficiencia de las Escrituras y (4) la claridad de las Escrituras.

La necesidad de las Escrituras

Negativamente hablando, las Escrituras son necesarias debido a la ceguera y oscuridad del corazón humano y debido al afianzamiento que Satanás tiene sobre sus miserables súbditos. Hablando positivamente, las Escrituras son necesarias para la preservación de la Palabra de Dios entre la humanidad en una forma objetiva y auto-comprobable. El hombre pecaminoso *necesita* desesperadamente el testimonio objetivo y auto-comprobable de Dios.

Lutero dijo que, entre el pueblo de Dios, la norma no había de ser un sabelotodo racionalista,

"... sino escuchar, creer y perseverar en la Palabra de Dios, mediante la cual únicamente obtenemos cualquier conocimiento que tengamos de Dios y de las cosas divinas. No hemos de determinar de nosotros mismos qué debemos creer acerca de él, sino escuchar y aprenderlo de él". —*Luther's Works*, Vol. 13, pág. 237.

La Biblia es una necesidad. El *solo Escrituras* debe verse como una negación tanto como una afirmación. Una negación de la habilidad del hombre para conocer a Dios aparte de la Escritura, y una afirmación de que la Biblia es el único (solo) lugar donde el conoci-

miento definido de Dios ha de descubrirse. El hombre se encuentra en total bancarrota de ese conocimiento capaz de salvarle. Si desea la salvación debe volverse a la Palabra de las Escrituras.

Calvino se esfuerza grandemente por enfatizar que bajo la vieja y nueva dispensaciones Dios encomendó su Palabra en forma escrita a fin de asegurar un conocimiento correcto de sí mismo, aparte de cualquier experiencia oculta (Juan Calvino, *Institución*, libro 1, cap. 7.1). Cuando el reformador habla de los apóstoles como los autorizados para enseñar lo que Cristo ordenó, dice:

"Debemos pues, tener como incontrovertible que no se debe tener como Palabra de Dios, para que como tal tenga lugar en la Iglesia, otra doctrina que la contenida primeramente en la Ley y en los Profetas, y después en los escritos de los apóstoles; y que no hay otro modo auténtico de enseñar en la Iglesia sino el que se atiene a esto". —*Ibíd.*, Vol. II, pág. 913.

Calvino deja claro que Cristo prescribió márgenes a la misión de los apóstoles "al mandarles ir y enseñar, no lo que temerariamente se imaginasen, sino exclusivamente lo que él les había mandado". —*Ibíd.*

Tanto Lutero como Calvino creían en un conocimiento dual de Dios. Reconocían la existencia de un conocimiento natural de Dios para todos los hombres como criaturas de Dios, y un conocimiento de Dios como posesión espiritual de los creyentes como hijos de Dios. Comentando sobre Gálatas 4:8 Lutero dice:

"Todos los hombres tienen el conocimiento general, a saber, que Dios es; que ha creado el cielo y la tierra; que es justo; que castiga al inicuo, etc. Pero lo que Dios piensa de nosotros, lo que él quiere dar y hacer para librarnos del pecado y la muerte y salvarnos—que es el conocimiento particular y verdadero de Dios—esto es lo que los hombres no saben". —*Luther's Works*, Vol. 26, pág. 399.

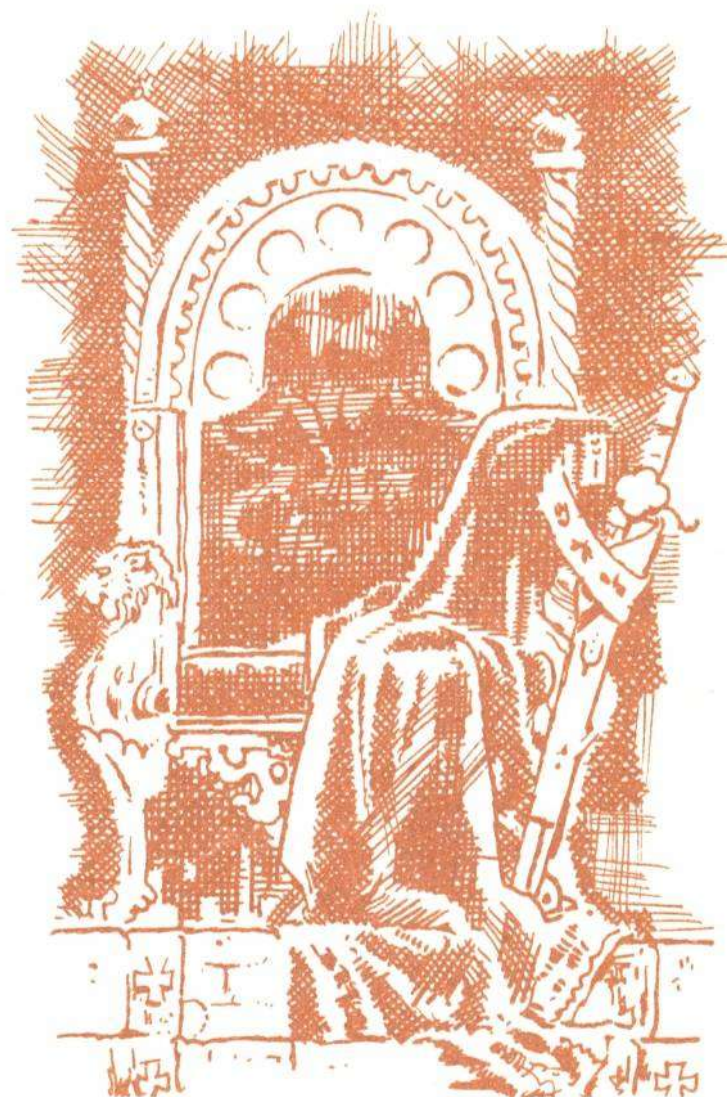
Calvino declara:

"... sin embargo, es necesario que haya otro medio, y más apto, que derechamente nos encamine y haga conocer a quien es Creador del universo. Por lo cual, no sin causa, Dios añadió la luz de su Palabra, a fin de que para nuestra salvación le conociéramos". —*Institución*, Vol., pág. 26.

Sin la Biblia no tenemos dirección o revelación segura del Altísimo, quien sólo es capaz de salvarnos del pecado y la muerte. *Sola Scriptura* significa la necesidad de las Escrituras.

La autoridad de las Escrituras

La autoridad de la Biblia está implícita en su necesidad. Las Escrituras son necesarias por la necesidad de una auto-revelación definitiva de Dios para el hombre en su miserable condición. Sin embargo, necesitamos distinguir entre autoridad y necesidad.



Los contemporáneos de Martín Lutero admitían la necesidad de la Biblia, pero fue su insistencia sobre su autoridad lo que los condujo a un serio conflicto con el reformador. El *sola Scriptura* de Lutero fue revolucionario porque atribuyó a la Biblia *autoridad absoluta*—isobre el papa, sobre los padres y sobre los concilios! ¡El concepto realmente ofensivo fue el *sola Scriptura*—la Escritura *solamente*! Lutero no estuvo contento con la posición de una autoridad relativa de las Escrituras. Para él la Biblia fue la autoridad final.

"... en el imperio de la iglesia rige la ley: 'La Palabra de Dios permanece para siempre (Isa. 40:8)'." —*Obras de Martín Lutero*, Tomo VII (Publicacionesel Escudo, Buenos Aires 1977) pág. 239.

"Debemos juzgar de acuerdo a la Palabra de Dios". —*Luther's Works*, Vol. 26, pág. 283.

"Debemos juzgar y considerar toda maravilla y milagro a la luz de la Palabra de Dios, para averiguar si están de acuerdo y en conformidad con ella". —*Ibíd.*, Vol. 24, pág. 75.

Ya fuera en oposición a Roma o a los entusiastas, Lutero nunca se cansó de afirmar, "¡La Escritura *sola*mente!"

De igual forma, Calvino no toleraba la sujeción de la Palabra de Dios a las autoridades humanas. La marca de la iglesia—de hecho, lo indispensable de la verda-

dera iglesia—fue el gobierno de la Palabra. Calvino declara:

“En resumen, ya que la Iglesia es el reino de Cristo, y Cristo no reina más que por su Palabra, ¿quién dudará de que es una mentira la creencia que nos quieren imponer de que el reino de Jesucristo está donde no existe su cetro, esto es, Su Palabra, con que únicamente gobierna su reino?” —*Institución*, Vol. II, pág. 831.

Ambos reformadores estaban demasiado conscientes de que el hombre pecaminoso procura la autonomía. Procura establecerse a sí mismo como juez sobre lo que se le presenta como revelación. La Palabra de Dios no viene al hombre en tal forma como para reconocer su auto-reclamada autonomía. Más bien, viene desafiando su autoridad y derrotando su altanero intento de tener la última palabra. Calvino consideró como blasfema impiedad el intento de mantener la precedencia y prioridad de la iglesia sobre la Palabra. Como declara Pablo, la iglesia está fundada sobre la doctrina de los apóstoles y profetas. No debemos hablar como si la madre debiera su nacimiento a la hija. Calvino percibió que rechazar el régimen de la Palabra era rechazar el gobierno de Cristo mismo (comentario en Isaías 11:4).

La opinión moderna respecto de la autoridad no hace eco de los sentimientos de Lutero y Calvino. Con todo, resulta interesante ver que muchas de estas ideas fueron ya refutadas en la defensa de la verdad que hicieron estos dos hijos de Pablo. Como ya fuera establecido, algunos hoy día desean hablar de Cristo como autoridad final a la vez que rechazan la autoridad de la Palabra. Sin embargo, Calvino contempla el reino autorizado de Cristo en, mediante y no aparte de la Palabra (compárese con el comentario en Efe. 4:11 que da Calvino). Así también deben ser probados los que deseen reclamar ser gobernados directamente por el Espíritu. La dirección del Espíritu sin o en lugar de la Palabra sería muy vaga y desestimable. No, Cristo unió al Espíritu con la Palabra para evitar un gobierno tan vago y desestimable. La Palabra y el Espíritu van juntos, inseparablemente juntos (*Institución*, Libro 1, cap. 9.3).

Los que (como John Macquarrie en *Principles of Christian Theology*) desean proponer una fuente múltiple de autoridad, harían bien en prestar oído al “solamente” de Lutero. Al igual que Calvino, Lutero repudió la noción de que las Escrituras fueron creadas por la iglesia y no viceversa.

“La iglesia está edificada sobre la Palabra del Evangelio, que es la Palabra de la sabiduría y virtud de Dios”. —*D. Martín Luther's Werke*, Vol. 4, pág. 189.

“La Palabra de Dios preserva a la iglesia de Dios”. —*Ibid.*, Vol. 3, pág. 259.

De hecho, la iglesia debe su existencia a la Palabra y se sustenta por el mismo medio. (*Luther's Works*, Vol. 24, pág. 362.) Tampoco Lutero condescendería con el argumento de los sofistas que deducen la superioridad de la iglesia sobre la Palabra debido a la supuesta creación del canon por la iglesia. No podemos obviar la inigualable respuesta de Martín Lutero a esto:

“¡Qué argumento espléndido! Yo apruebo las Escrituras. Por lo tanto soy superior a las Escrituras. Juan el Bautista reconoció y confesó a Cristo. Señaló a él con su dedo. Pues, por lo tanto, es superior a Cristo. La iglesia aprobó la fe y doctrina cristianas, por lo tanto, la iglesia es superior a ellas”. —*Ibid.*, Vol. 26, pág. 57.

De seguro que no necesitamos añadir más. Para Lutero y Calvino, el *sola Scriptura* significó la autoridad final y absoluta de la Biblia. Su posición no es más que una reflexión de la de Pablo, y debe por consiguiente, ser nuestro patrón.

La suficiencia de las Escrituras

Venimos ahora a la suficiencia de las Escrituras. De nuevo, este atributo está complicadamente envuelto con los dos anteriores. La interpretación del hombre no está parcialmente, sino totalmente arruinada. No necesitamos interpretación humana adicional para suplementar la interpretación divina. La necesidad de la Biblia tuvo referencia a todos los hombres; la autoridad de la Biblia tuvo referencia particular a las pretensiones autónomas de Roma; y la suficiencia de la Palabra desafió los suplementos insinuados por los sectarios.

El *sola Scriptura* fue la negación de cualquier mezcla de la palabra del hombre con la Palabra de Dios. El Espíritu Santo está presente en la revelación de la Palabra. Cualquier enseñanza que no esté de acuerdo con la Escritura debe ser rechazada “aunque nieve milagros todos los días” (*Ibid.*, Vol. 24, pág. 367).

Lutero no despreció los credos (la fe) de la iglesia (véase *Obras de Martín Lutero*, tomo V, págs. 396, 397), sino que los aceptaba en armonía con su contenido bíblico. Fidelidad a la Palabra fue el criterio de Lutero, no solo hacia los credos de la iglesia sino también hacia los padres. Como Calvino, apeló una y otra vez a los padres mas no se inclinaba ante ellos cuando su enseñanza entraba en conflicto con la de las Escrituras. Declaró el reformador:

“No escucharé ni a la iglesia, ni a los padres, ni a los apóstoles a menos que traigan y enseñen la pura Palabra de Dios”. —*Luther's Works*, Vol. 26, pág. 67.

Las Escrituras son suficientes. Lutero estuvo contento en apelar a los padres en todo cuanto pudieran ellos ayudarnos a entender estas Escrituras. Sin em-

bargo, nunca tuvo una noción de que la Escritura debía suplementarse.

"En primer lugar un concilio no tiene autoridad de establecer nuevos artículos de la fe, aunque cuente con la presencia del Espíritu Santo, ya que ni el concilio de los apóstoles en Jerusalén, Hechos 15:11, estableció ningún artículo nuevo en cuanto a la fe. . . .

"Segundo: Un concilio tiene la autoridad y obligación de suprimir y condenar nuevos artículos de la fe, siguiendo la norma de las Escrituras y de la fe que la iglesia cristiana profesaba desde un principio". —*Obras de Martín Lutero*, Tomo VII (Publicaciones el Escudo, Buenos Aires, 1977) pág. 230.

Calvino toma la misma posición cuando se expresa como sigue:

"Ahora bien, los que desechando la Escritura se imaginan no sé qué camino para llegar a Dios, no deben ser tenidos por hombres equivocados, sino más bien por gente llena de furor y desatino. De ellos ha surgido hace poco cierta gente de mal carácter, que con gran orgullo, jactándose de enseñar en nombre del Espíritu, desprecian la Escritura y se burlan de la sencillez de los que aún siguen la letra muerta y homicida, como ellos dicen." —Juan Calvino, *Institución*, Vol. 1, pág. 44.

Estos fanáticos que apelaron al Espíritu *en vez de a la Palabra*, mostraron desprecio por esa Palabra. Todos negaron la suficiencia y la perfección de la Palabra. Sin embargo, el Espíritu se reconoce en su concordancia con las Escrituras (*Ibíd.*, pág. 45), porque la Palabra y el Espíritu permanecen *inseparablemente* juntas (*Ibíd.*, pág. 46).

No estamos ajenos a las reclamaciones de autoridad que se hacen hoy día en las experiencias carismáticas, ni tampoco estamos ajenos a la ubicación de la autoridad en otros lugares aparte de la Palabra. Necesitamos afirmar de nuevo que la Palabra de Dios es suficiente. No necesita suplementos ni de papas, ni de padres ni de concilios. No necesita los suplementos de los fanáticos entusiastas que se afirman sobre sus propias revelaciones y visiones privadas.

La claridad de las Escrituras

Hemos considerado la necesidad, la autoridad y la suficiencia de las Escrituras. Ahora venimos a la claridad esencial de la Biblia. Si la necesidad estuvo orientada hacia el racionalismo, la autoridad a la autonomía y la suficiencia al misticismo, entonces, la claridad de las Escrituras fue dirigida hacia el clericalismo. Roma confinó la Palabra a los sabihondos teológicos. Lutero y Calvino rompieron las cadenas que ataban la Biblia al escritorio del erudito y dieron la Palabra de Dios al más humilde de los paisanos. En su comentario sobre el salmo 37, Lutero dijo:

"No hay sobre la tierra libro más lúcidamente escrito que las Sagradas Escrituras. Comparadas con todos los demás libros, es como el sol comparado con todas las demás luces".



Lutero acusó al papado de oscurecer el resplandor inherente de la Palabra y de privar a la gente de su verdad inambigua. Objetó él:

"... ellos quitan de las Escrituras su significado sencillo, simple y estable; ciegan nuestros ojos para que vacilemos y no retengamos una interpretación confiable. Somos como hombres embrujados o engañados, mientras ellos juegan con nosotros como los tahures con sus dados." —*Luther's Works*, Vol. 32, pág. 26.

Erasmus no se portó mejor que aquellos. El erró grandemente a los ojos de Lutero cuando afirmó que, aparte de "los preceptos designados para regular nuestra existencia", la Biblia es, en muchos lugares, oscura e impenetrable. En *La voluntad determinada*, Lutero se queja así:

"Pero con tales espantajos, Satanás infundió a los hombres temor de leer las Sagradas Escrituras y las hizo aparecer como algo despreciable. . . ." *Obras de Martín Lutero*, tomo IV (Editorial Paidós, Buenos Aires, 1976) pág. 45.

No debe pensarse que la transparencia de las Escrituras es inconsistente con el énfasis protestante en la exposición de la Palabra. Nótese estas observaciones pertinentes sobre 2 Tim. 2:15 por Calvino:

"Puesto que debemos estar satisfechos con la sola Palabra de Dios, ¿qué objeto tiene predicar sermones, todos los días y aun desempeñar el oficio de pastor? ¿No tienen todos la oportunidad de leer la Biblia? Mas Pablo señala a los maestros

el deber de dividir o cortar, como si un padre, al dar alimento a sus hijos, estuviese dividiendo o partiendo el pan en pequeños pedazos." —*Comentarios a las epístolas pastorales de San Pablo* 2 Tim. 2:15 (T. E. L. L., Grand Rapids, Michigan 1968) págs. 258, 259.

¡El ministro de la Palabra debe tratar de ser un estudioso! Calvino dice:

"Ninguno será jamás un buen ministro de la Palabra de Dios a menos que sea primero un estudioso". —Sermón en Deut. 5:23-27.

¡Cómo necesitamos tal consejo hoy día! Es como si Calvino estuviera hablando para nuestros días, cuando dice:

"... ¡cuántos [ministros] uno ve que tan sólo han mirado superficialmente las Santas Escrituras y que están tan lamentablemente, pobremente versados en ellas; que cambian sus puntos de vista con toda nueva idea!" —Sermón en 2 Tim. 1:13, 14.

Más aún, la sencillez de la Biblia no debe conducirnos a una indiferencia académica, ni tampoco debe conducirnos a pensar que, sin la asistencia del Espíritu Santo podemos profundizar en el verdadero intento de la Palabra de Dios. Comentando sobre Calvino, R. S. Wallace escribe:

"La autoridad de las Escrituras queda comprobada por el testimonio interior del Espíritu Santo. La reverencia de la iglesia hacia las Escrituras se debe primeramente a la influencia del Espíritu Santo cuando da el testimonio interno al creyente de que esta Palabra es la Palabra de Dios". —R. S. Wallace, *Calvin's Doctrine of the Word and Sacraments* (Oliver & Boyd, 1953): compárese con la *Institución*, Libro 1, cap. 7.5.

Finalmente, no debemos pensar, en lo que toca a la claridad de las Escrituras, que estamos defendiendo la claridad y comprensibilidad total de la Palabra. Cuando decimos claridad de la Biblia nos referimos a su claridad esencial o básica. Hay cosas en la Palabra que el mejor de los hijos de Dios no es capaz de abarcar. Sin embargo, mediante el ministerio gratuito del Espíritu, lo necesario para la salvación y la virtud está claro.

El enfoque de la Biblia según los reformadores

¿Qué tienen Lutero y Calvino que decir a la iglesia de hoy respecto del *sola Scriptura*? Notaremos sólo los puntos sobresalientes de su enfoque de la Biblia

En primer lugar, tanto Lutero como Calvino, dando eco a Pablo, consideraron que el hombre está en una condición horrible. Lo vieron perdido e incapacitado para salir en rescate propio. El hombre necesita desesperadamente la Palabra del Dios Altísimo, si es que alguna vez hubiera de ser salvo. Los reformadores no negaron el hecho de que haya en la naturaleza una revelación general de Dios pero, aparte de la Palabra, el hombre no es capaz de venir a un conocimiento salvador de Dios. Es esta realidad sobria la que subraya la necesidad absoluta de la Biblia. La iglesia moderna

necesita hacer un nuevo reconocimiento de este importante hecho. Harold Lindsell tenía esto que decir en su artículo "Dateline: Bangkok" (*Christianity Today*, marzo 30, 1973) acerca de la Conferencia Mundial sobre Salvación Hoy Día 1972-1973:

"Aparte de escuchar a la exposición de las tres tesis mayores, los participantes en la Conferencia y Asamblea ocuparon la mayor parte de su tiempo en secciones y reuniones grupales. De ellos surgió una plétora de pronunciamientos, pero ninguna declaración inambigua del significado de la salvación hoy, ayer o mañana. La junta de opinión pública reveló algunas observaciones interesantes respecto al asunto: 'La gente importa, la gente sufre; la salvación está en compartir el sufrimiento'. Siguiendo a una sesión no planeada sobre China, donde un delegado alabó al presidente Mao como Salvador, apareció este signo: 'La salvación—Que Dios salve a China de la "conversión".' " —pág. 7.

No es una sorpresa que la absoluta necesidad de la Biblia no tenga lugar en tal corriente de pensamientos respecto de la salvación. Lutero y Calvino hablan a una iglesia tal. En una época de "volar al oriente" para encontrar la salvación, la iglesia de Dios necesita hacer resonar el mensaje de un mundo perdido y de la absoluta bancarrota de la religión no bíblica, así en el oriente como en el occidente.¹

En segundo lugar, Lutero y Calvino no sólo hablan a la iglesia actual acerca de la condición perdida del hombre y de la completa necesidad de la Biblia, sino que hablan también de la naturaleza de la revelación en la Biblia. Generalmente hablando, la teología contemporánea coloca la autoridad suprema sobre Dios únicamente y da a la Biblia solo una autoridad relativa (compárense los conceptos delineados al comienzo de este artículo). La teología contemporánea se rehúsa torpemente a dar autoridad absoluta a la Biblia, porque teme que al hacerlo así estaría robándole a Dios su autoridad absoluta. Pero ya vimos que, para Lutero y Calvino, el *sola Scriptura* significaba nada menos que la autoridad absoluta de la Biblia. Ambos reformadores percibieron que las Escrituras merecen el atributo de autoridad absoluta—no en lugar de Dios, sino como expresión misma de la mente de Dios! En las palabras de Bernard Ramm, los dos reformadores no tenían "el principio monístico de la autoridad". Más bien se nota en sus ideas el "patrón de autoridad". Este patrón es la introducción de la autoridad de Jesucristo, las Escrituras como la Palabra revelada de Dios, el Espíritu Santo dando testimonio al corazón y la Palabra. (Compárese con *The Pattern of Religious Authority* y *La revelación especial y la Palabra de Dios* [Editorial La Aurora, Buenos Aires, 1967] por Bernard Ramm.)

¹ Resulta interesante notar una declaración del Concilio Vaticano II en cuanto a la posición de los judíos no-cristianos, de los musulmanes y de los ateos. Véase *Dogmatic Constitution on the Church*, cap. 11, parr. 16, para encontrar allí una declaración totalmente no bíblica.

Este es un punto de importancia cardinal. Seleccionar cualquier principio de autoridad excluyendo a los demás es caer en grave error. Seleccionar a Dios para excluir a la Biblia, como sucede en mucha de la teología contemporánea, no es ni fiel a la Biblia ni a la Reforma Protestante.

Esto es así porque Dios, en su sabiduría omnisciente, designó hablar en y a través de la Biblia, mediante su Espíritu. Tomar a Jesucristo como criterio normativo de la revelación en la Biblia² o seleccionar a "la nueva criatura en Cristo Jesus" como ese criterio³ es caer presa de una selección arbitraria. Dios nos habla en la Biblia—Su Palabra—por la cual Jesucristo gobierna su reino mediante el Espíritu Santo, que testifica constantemente tanto de la Palabra viva como de la escrita.

De aquí que, Lutero y Calvino, llaman a la iglesia moderna para que retorne a la autoridad absoluta de la Biblia, como Palabra de Dios en la iglesia y en el mundo.

Tercero, Lutero y Calvino hacen un llamado a una gran parte del evangelicalismo porque gran parte del evangelicalismo tiene su propia forma de separar al Espíritu de la Palabra. Si la teología contemporánea ubica la autoridad suprema sobre Dios en detrimento de la Biblia, la mayoría del evangelicalismo de hoy día está en peligro de colocar la autoridad suprema sobre la experiencia del creyente en detrimento de la Palabra. A menos que estemos malamente equivocados, la reacción inmediata hacia el liberalismo teológico (P. ej. Schliermacher) también colocaba la autoridad suprema sobre la experiencia pero no ofreció excusas por colocarla allí. Mucho del evangelicalismo niega formalmente esta manera de ubicar la autoridad pero, como hecho actual, concede más lugar a ello que lo deseable.

Lutero y Calvino pelearon constantemente contra las pretensiones de Roma de tener contacto directo con el Espíritu en y mediante el papa y los concilios de la iglesia. Roma admitió que el Espíritu habla en y a través de la Biblia, pero reclamó que esta no era la localización final de la obra del Espíritu. Como ya señaláramos, Lutero atacó el derecho de los concilios para establecer nuevos artículos de fe (compárese con *Los Concilios y la Iglesia*, de Lutero, 1539). En adición, Lutero y Calvino tuvieron que defender la autoridad absoluta de la Biblia contra los entusiastas que se jactaban de la revelación directa del Espíritu.

El evangelicalismo necesita precaverse. Los milagros, lo fuera de lo común, lo pragmáticamente "útil" pueden gobernar nuestra actitud hacia la Biblia de modo tal que lo que encontremos allí sea sólo una confirmación de nuestra experiencia. Extremadamente peligro-

so es el dicho: "El hombre que tiene una experiencia nunca está por debajo del hombre que tiene un argumento", ¡y puede ser también positivamente pagano! Un milagro, una "vida cambiada", una vida útil pueden usarse como el sello hermenéutico final que termine con todos los argumentos y levante el cargo de resistencia al Espíritu en contra de los que deseen ejercitar sus reservas. Pero si una posición no está de acuerdo con la Biblia, está equivocada—irrespectivamente de la experiencia. Lutero insistió en que lo que no esté de acuerdo con la Escritura debe rechazarse "aunque nieve milagros todos los días". —*Luther's Works*, Vol. 24, pág. 371. R. S. Wallace comenta:

"No existe una práctica más peligrosa y dudosa, de acuerdo con Calvino, que tratar de establecer contacto con el Espíritu de Dios, apartándose de la Palabra de Dios hacia cualquier otra fuente. Es el espíritu de Satán lo que está separado de la Palabra, a la cual está continuamente unido el Espíritu de Dios." —Wallace, *op. cit.*, pág. 129.

Cuarto, Lutero y Calvino desafían tanto a la teología contemporánea como al evangelicalismo en sus demostraciones prácticas de su total dedicación hacia la autoridad final de las Escrituras. ¡Véase las labores verdaderamente prodigiosas de estos reformadores en la exposición de la Palabra, en la predicación, en su enseñanza y voluminosos escritos! Esto hace resaltar un marcado contraste con mucha de la teología y predicación de hoy. En mucha de la teología y predicación modernas se descuida triste y vergonzosamente a la Biblia (véase la monumental obra de Paul Tillich, *Systematic Theology*, donde el intento por comprender las Escrituras se deja notar por su ausencia). Considérese mucha de la así llamada predicación evangélica. Uno puede hallar en ella pseudo-dramatismo; puede escuchar imperativos que pulverizan al pueblo de Dios; puede escuchar enfermizas frases, locuaces y estereotipadas saliendo de la lengua del predicador (?) con la mayor facilidad. ¿Pero dónde se encuentra la exégesis cuidadosa del texto? ¿Dónde hallamos ese gran interés en representar el mensaje del pasaje de las Escrituras? Finalmente, ¿no resaltamos más nuestro punto de vista de la Palabra en lo que hacemos con ella que en lo que decimos de ella? ¿No hemos separado al Espíritu de la Palabra en nuestra tonta noción de que la erudición en el ministro de Dios debe sujetarse al accesorio emocional que llamamos agudeza? Si realmente creemos que la Palabra y el Espíritu son inseparables, ¿no mostraremos esto en una calidad elevada de exégesis y exposición? Las labores verdaderamente prodigiosas, tanto de Lutero como de Calvino, llaman a cuestionamiento la calidad de nuestro ministerio. Quiera Dios ayudarnos a arrepentirnos de nuestro menosprecio de su Palabra. La Biblia es completamente suficiente, y, bajo el ministerio del Espíritu, esencialmente clara.

²Compárese con Brunner en *Revelation and Reason*, págs. 127-130, *Dogmatics*, Vol. I, pág. 107 en adelante.

³Compárese P. Tillich, *Systematic Theology*, Vol. 1, pág. 45 en adelante.

Reformando la iglesia reformada



Entrevista al Dr. Emilio Nuñez

Leopoldo E. Scetti *

Estamos con el Dr. Emilio Nuñez, Rector del Seminario Centroamericano de Guatemala, en CLADE II que se desarrolla en Huampaní-Lima, Perú, tratando temas relacionados con evangelismo.

Pregonero de Justicia: Dr. Nuñez, quisiéramos que nos diga sus impresiones con respecto a la fecha 31 de Octubre de 1517, y la trascendencia que ha tenido el

movimiento reformista luterano, en cuanto a lo que hace al cristianismo, desde el punto de vista histórico.

Dr. Emilio Nuñez: Me parece que, como dijera en mi mensaje de apertura de este Congreso sobre Evangelización, la fecha 31 de Octubre de 1517, tiene un tremendo significado, no sólo en lo cultural y político, sino especialmente, para mí, en lo espiritual. La Reforma tiene este significado cuando pensamos en que los reformadores exaltaron la notoriedad de la Palabra de Dios, un significado que tiene vigencia para nosotros hoy día cuando nos vemos frente a diversas au-

*La entrevista fue realizada por el Pastor Leopoldo Scetti de la Iglesia Cristiana y Misionera de la Avenida Brasil, Pueblo Libre, Lima, Perú. Contamos con la colaboración de Ana Lucía Defilippi para la redacción final.

toridades que vienen a hablar al creyente. Por ejemplo, hay quienes quieren exaltar la autoridad de la razón humana, y caen en un *racionalismo*; en tanto que otros quieren exaltar la autoridad de la experiencia humana, y caen en el *subjetivismo*. Entonces frente a esta autoridad de la razón humana, y frente a la autoridad del corazón, del sentimentalismo, y la experiencia, y frente a la autoridad de la iglesia jerárquica que se constituye en rectora de la fe por encima de la Sagradas Escrituras, creo yo que sí tiene vigencia el principio reformado de la autoridad suprema de las Sagradas Escrituras; las Sagradas Escrituras, que son para mí las que se contienen en el cánón que hemos aceptado: Los 39 libros del Antiguo Testamento, y los 27 del Nuevo Testamento.

Pregonero: Con respecto al cánón, usted conoce bastante del movimiento que existe para admitir aún los llamados deuterocanónicos o libros apócrifos por el mundo evangélico en las nuevas ediciones de la Biblia. ¿Por qué no nos dice cuál es su opinión al respecto?

Núñez: Mi opinión personal es que vale la pena que los evangélicos conozcamos los libros apócrifos o los deuterocanónicos, que los estudiemos. Especialmente hay unos libros que dan mucho conocimiento histórico sobre el período intertestamentario. También tiene su valor como literatura judaica de ese mismo período; pero mi opinión personal es que, por supuesto, debemos tener mucho cuidado en no desorientar a nuestro pueblo latinoamericano, dejando la impresión de que esos libros están al mismo nivel de los que nosotros hemos aceptado. Nosotros los evangélicos latinoamericanos, hemos aceptado como cánón sagrado el número de libros que he mencionado anteriormente.

Pregonero: Volviendo a la Reforma, ¿fue el movimiento luterano sólo una reforma o una revolución? ¿En qué sentido fue una reforma o una revolución?

Núñez: Bien, fue reforma en el sentido de que los líderes de la Reforma no estuvieron pensando en principio, en salir de la iglesia romana, sino estaban pensando en traer a la iglesia de nuevo a las fuentes del

cristianismo, a la Palabra escrita de Dios. Por eso se le llama reforma, porque francamente Lutero no estaba pensando en independizarse de la iglesia, más bien era un clamor para que la iglesia retornase a la autoidad de las Escrituras. Constituye una revolución, en el sentido de que cuando los reformadores fueron expulsados prácticamente de la iglesia y perseguidos, entonces, naturalmente hubo un cambio radical no sólo en la vida de ellos, sino también en la vida de otros que siguieron los principios de las Sagradas Escrituras. Pero no veo yo que los reformadores tuviesen como primer intento traer una revolución en ese sentido, como lo entendemos.

Pregonero: Sabemos que Lutero fue aparentemente, y esto es lo que voy a preguntar, un hombre providencial. Para algunos lo que ocurrió con Lutero fue un accidente en la historia, para otros, es un hecho providencial. Teniendo en cuenta el hecho que el Elector de Sajonia le protegiera; el nacionalismo de la época primara por sobre el centralismo romano y las otras monarquías; que Carlos V estuviera ocupado en guerrear contra Francia; y otras circunstancias que tienen que ver con la simpatía que el pueblo tuvo respecto a Lutero, ¿llamaría a éso un accidente histórico no más, o específicamente lo denominaría como un acto de la Providencia Divina para rescatar lo rescatable de la iglesia cristiana?

Núñez: Yo veo en todo, la mano, la Providencia de Dios, especialmente en este caso creo yo, a Dios el Señor de la historia. Y en el ejercicio de Su Soberanía, él está permitiendo ciertas acciones de los hombres; que al final de cuentas estas acciones deben resultar para la Gloria de él. Entonces, la Reforma francamente es un movimiento que fue gestionándose. Históricamente hablando, no surgió de repente, sino que ya Dios en Su Soberanía, había permitido que hubiese tras el movimiento del renacimiento de la cultura, este retorno hacia la literatura antigua, el cual produjo también un interés en el Nuevo Testamento. Por eso Erasmo había publicado su edición del Nuevo Testamento griego por intereses puramente humanistas, pero ésto dentro de la Providencia de Dios, vino a coincidir



también en otro factor que despertó el interés en las Sagradas Escrituras, y el interés en las Sagradas Escrituras produjo a su vez, una reforma. De manera que yo veo en todo esto la mano de Dios. Tal como el nacimiento de Cristo; en su Providencia, Dios había permitido que el Imperio Romano se extendiese y el uso del idioma griego popular que facilitó la comunicación del evangelio, no solamente dentro del contexto judaico sino también dentro de los gentiles, de manera que, "venido el cumplimiento del tiempo, Dios envió a Su Hijo". El había preparado la escena, para que el evangelio trascendiese las fronteras judaicas, y llegase a toda criatura como El se había propuesto hacerlo.

Pregonero: A usted no le parece que estamos en un tiempo, si es cierta la interpretación de muchos, que dicen que estamos en la época de la iglesia de Laodicea, la iglesia indiferente, aunque por supuesto, hay intenciones o intentos de muchos de producir y esperar un avivamiento, un despertar evangélico. ¿No le parece, quisiera saberlo, que estamos lenta y paulatinamente encaminándonos hacia una época a la que podría semejarse a la previa a la Reforma, con respecto por ejemplo, al subjetivismo que está siendo casi como un ídolo? Pues hay una forma de idolatría hacia el subjetivismo de la "experiencia de Cristo en nosotros".

Nuñez: Yo creo que el subjetivismo es una de las grandes amenazas que tenemos en la iglesia evangélica del día de hoy, lo tenemos de varias fuentes. Ya el existencialismo, filosóficamente, afectó la mentalidad de

muchos, digamos cristianos o a la cristiandad en América Latina. Lógicamente, tenemos a Roberto Cullman que ha influido en cierto modo en el protestantismo y en el catolicismo, la actitud existencial, no la palabra objetiva, sino lo que la Palabra me dice a mí o mi respuesta a la Palabra. También veo que aún dentro del pueblo evangélico latinoamericano, esto de la experiencia cristiana viene a valorarse en muchos casos, por encima de la revelación objetiva de la Palabra escrita de Dios. Entonces, para mí es motivo de preocupación cuando alguien me define la Palabra como algo que está fuera de lo que está escrito. Por eso yo uso mucho la expresión Palabra escrita de Dios, porque cuando decimos la Palabra de Dios así, nos deja mucha apertura para considerar como Palabra lo que en realidad no es para mí la Palabra de Dios.

Pregonero: Me gusta lo que dice "la Palabra escrita de Dios". Mucha gente dice lo que "Dios me dijo" hablando de una experiencia subjetiva, personal, lo que algunos llaman panteísmo subjetivo y creo que es un lenguaje bastante habitual en nuestros tiempos, ese misticismo, esa actitud mística, ¿no es parecida en algo al catolicismo de la Edad Media?

Nuñez: Bueno sí, porque se ha dado en todo tiempo este tipo de misticismo, precisamente. Esto de creer que se tiene línea directa con Dios es muy personal y rige entonces el pensamiento, la fe, la conducta; por esta experiencia personal que puede aún a veces contradecir lo que dice la Escritura. Y si permitimos que esta actitud domine la vida de la iglesia, entonces ya caemos en el subjetivismo, no tenemos una norma concreta objetiva que norme la vida del creyente y norme la vida de la iglesia de hoy. Me parece que es un esfuerzo que debemos seguir realizando los que, por la gracia del Señor, tenemos una posición de liderazgo en la iglesia evangélica como predicador o maestro. Es el esfuerzo de mantener la autoridad de la revelación concreta, objetiva de las Escrituras, porque si no tenemos esa norma, cualquier cosa puede ser una norma.

Pregonero: El movimiento carismático según algunos, deja de ser cristocéntrico o quizás bibliocéntrico, para convertirse en un movimiento que considera a la experiencia espiritual religiosa como suprema en la vida cristiana. Yo no sé, ni conozco cómo es la situación en Guatemala, pero quisiera su opinión en cuanto al movimiento carismático en general.

Nuñez: En general, yo creo que el movimiento carismático puede venir a acentuar el problema que hemos tenido en América Latina, de no haber estudiado lo suficiente la Biblia sistemáticamente. Nos llamamos pueblo de un Libro pero dije en Cochabamba en una conferencia, somos el pueblo de un Libro, pero cerra-

do. Generalmente hablando entonces, el movimiento carismático, yo temo, que con su emotividad, su afán por buscar la experiencia personal, agudice ese problema de la carencia de un conocimiento sistemático de las Escrituras dentro del pueblo evangélico. La nota positiva que yo encuentro en el movimiento carismático católico, es que sí están leyendo la Biblia muchos de ellos, y yo creo en la eficacia de la Palabra. Es mi esperanza que la lectura de las Escrituras misma, pueda llevar a la fe a muchas personas, yo creo que muchas han llegado a ese conocimiento no por el carisma sino por la lectura de la Biblia que antes, generalmente, usted sabe, los católicos no leían la Biblia con libertad, les era un libro vedado, pero después del Segundo Concilio Vaticano, la iglesia católica ha permitido que se lean las Escrituras, y yo confío en la eficacia de la Biblia misma. Entonces, algunos pueden convertirse, no porque son carismáticos sino a pesar de que son carismáticos. Yo creo que el movimiento carismático, sí ofrece ese peligro de acentuar el problema, que hemos tenido ya los evangélicos, de subrayar la experiencia y no entrar al estudio sistemático de las Escrituras. Es más fácil el culto emotivo y oír de experiencias y no abrir la Biblia y estudiarla como debe estudiarse.

Pregonero: En este caso, sería la Biblia subordinada a la experiencia, en vez que la experiencia esté subordinada a la Biblia.

Núñez: En eso, yo no puedo estar de acuerdo, porque mientras yo no tenga la Biblia como norma objetiva, me siento que estoy en terreno resbaloso. En mi conferencia, la que está en el manuscrito completo, termino con la ilustración que nos da el Prof. Federico Hügél, en uno de sus libros hace más de 30 años. El habla del explorador del polo sur que salió y se dió ya como perdido, el quería tener un punto de referencia y usó el palo que tenía de poste, y entonces nunca se alejó más allá de donde no podría ver el poste. Aquel era su punto de referencia. Yo me siento responsable de estudiar otros movimientos, otras teologías, pero no quiero alejarme, no quiero ir más allá de donde yo pueda ver mi poste, que es la Escritura.

Pregonero: Dr. Núñez, nuestra revista llega a todos los países de latinoamérica, y a muchas personas de distintas denominaciones evangélicas, y aún católicos, quisiera que nos diga sus palabras finales para este reportaje. ¿Qué cosas nos sugiere hacer con respecto a esta centralidad de las Escrituras, y qué peligros hay en no hacer caso a esta posición?

Núñez: Yo creo que la revista *Pregonero de Justicia*, está desempeñando un papel muy importante, haciéndonos recordar precisamente esta herencia que tenemos en la Reforma, en realidad la herencia de las



Escrituras, Yo creo que vale la pena seguir con este ministerio, y vale la pena seguir haciendo llegar esta revista a estos grupos, que de alguna manera se siga haciendo conciencia de la importancia de mantener las normas concretas de las Escrituras. Yo creo que es un ministerio que necesitamos más que nunca en América Latina.

Nota Editorial: El Dr. Emilio Antonio Núñez, rector del Seminario Teológico Centroamericano, le invita a escudriñar la Palabra de Dios y a desarrollar sus capacidades espirituales, juntamente con 125 jóvenes y señoritas de 13 países de América y de Europa.

Estudios a nivel universitario ofrecen los títulos académicos de "Profesor en Teología" y "Licenciado en Teología".

Los amplios terrenos, internados, aulas y una biblioteca especializada se encuentran cerca del centro de la ciudad de Guatemala, metrópoli que pasa de un millón de habitantes y ofrece amplias oportunidades para el ministerio cristiano.

Pida información al:

Dr. Emilio Antonio Núñez
Apartado Postal 213
Guatemala, Centro América

Herederos de la Reforma

Dr. Emilio Antonio Nuñez



En la providencia de Dios, estamos inaugurando nuestro Segundo Congreso Latinoamericano de Evangelización* en el día dedicado a conmemorar la reforma religiosa del siglo XVI. Sin lugar a dudas, el 31 de octubre de 1517 es una fecha de gran trascendencia en la historia universal.

Es cierto que no todos los grupos que forman la Iglesia Evangélica Latinoamericana muestran el mismo entusiasmo por la celebración de esa efeméride. Parece que los evangélicos preferimos subrayar que nuestras raíces históricas tienen su asidero en la revelación escrita de Dios, particularmente en las páginas del Nuevo Testamento. Con todo, somos conscientes de que la

*CLADE II es, o más bien, fue, el Congreso Latinoamericano de Evangelización realizado en Huampaní. Esta localidad dista unos 40 Km. de Lima, capital del Perú, y ha sido el lugar de concentración de los doscientos cincuenta delegados e invitados especiales de distintos y distantes países de América.

La sede de CLADE II es una magnífica y amplia colonia vacacional propiedad del Estado donde se realizaron todas las sesiones, a excepción hecha de la apertura que se llevó a cabo el 31 de octubre 1979 en el moderno templo de la Iglesia Alianza Cristiana y Misionera del distrito de Pueblo Libre. Este templo tiene capacidad para unas dos mil personas y fueron aproximadamente unas mil quinientas las que escucharon este discurso ponencia de apertura del CLADE II a cargo del Dr. Emilio Antonio Nuñez, rector del Seminario Centroamericano con sede en Guatemala.

Como nota de interés señalamos que toda la sesión de apertura fue irradiada al Perú por la emisora Radio del Pacífico de Lima y retransmitida al Ecuador y Centroamérica vía satélite. A continuación se transcribe dicho discurso que cuenta con la debida autorización para ser publicado por nuestra revista.

Reforma vino a exaltar verdades bíblicas que, en general, se hallan a la base misma de nuestro mensaje de evangelización. De una manera u otra, todos los cristianos evangélicos somos herederos de la Reforma. Será de provecho, por lo tanto, que sigamos estudiando en nuestros respectivos grupos eclesiales, en qué consiste esa herencia.

La Reforma fue un movimiento de profundas repercusiones culturales, sociales y políticas. Pero en este congreso nos interesa especialmente hacer hincapié en los fundamentos teológicos de ese movimiento reformador, y, de manera muy particular, en la soteriología** de los reformadores. Para cumplir nuestro propósito, acudiremos a cuatro grandes postulados de la Reforma: *Sola Gracia, Sólo Cristo, Sola Fe, Sola Escritura*. Sin ahondar en el significado que los reformadores darían a estos postulados, los usaremos como punto de partida de nuestra reflexión, procurando aplicarlos a la realidad latinoamericana.

SOLA GRACIA

Enseñaron los reformadores que el pecador es justificado por la sola gracia de Dios, mediante la fe en Jesucristo. En este caso, la gracia es el favor divino que el hombre no merece, pero que en su soberanía y bondad Dios ha querido concederle. La salvación es la obra de Dios, no del hombre. San Pablo dice: "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de

** La doctrina de la salvación.

vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe" (Efe. 2:8, 9). "Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia" (Rom. 11:6).

El hombre no está en capacidad de dar, pero Dios sí le capacita para recibir. El hombre extiende una mano vacía para recibir; no una mano llena para ofender. No tiene nada que ofrecer a cambio de su salvación. Tampoco puede cooperar con la gracia divina para salvarse. Está muerto en sus delitos y pecados (Efe. 2:1-3). Solamente le queda recibir el favor de Dios.

El concepto de *sola gracia* es un golpe muy severo al orgullo humano. Aquí no hay lugar para la autosuficiencia, ni para la arrogancia del que pretende salvarse a sí mismo y a otros, así sea por medio de esfuerzos que a ojos de la sociedad puedan parecer muy nobles y heroicos. La idea de que el hombre es bueno por naturaleza y que puede autoliberarse y levantarse hasta el cielo tirando de los cordones de sus zapatos, se derrumba ante la manifestación de la doctrina de la sola gracia de Dios, doctrina que nos enfrenta con nuestra propia miseria espiritual y moral.

Las ciencias sociales hablan del *homo sapiens*, del hombre económico, político y social, del hombre que trabaja y que ha levantado con sus propias manos una civilización maravillosa. La Biblia nos dice que el hombre es también pecador, necesitado de la gracia de Dios para su liberación total. Es pecador por herencia, pecador por naturaleza, pecador en pensamiento, palabra y hecho; pecador como individuo, pecador como ente social, creador de estructuras corruptas y perversas, al servicio de las fuerzas demoníacas que operan en este universo. La sociedad está enferma porque los individuos están enfermos, con una enfermedad mortal. Tal es el cuadro sombrío y deprimente que debemos tener muy en cuenta para percibir mejor el significado de la gracia de Dios y predicar fielmente el Evangelio.

Por otra parte, recordemos que la gracia también revela el valor inmenso que el hombre tiene ante Dios. A la luz de las Escrituras es posible hablar de la miseria y grandeza del hombre. La antropología bíblica no se deja arrastrar por el vano optimismo de los humanistas, ni seducir por el canto lúgubre de los pesimistas. Es una antropología realista. El hombre tiene su origen en Dios y lleva en sí, aunque afectada por el pecado, la imagen de su Creador. Esto le da una dignidad especial. Posee facultades que le elevan muy por encima de otras criaturas en el mundo y le permiten ejercer dominio sobre la naturaleza. Es, ante todo, objeto especial del amor incomparable de Dios (Juan 3:16). Ha caído profundamente en el pecado, pero, como afirma San Pablo, "cuando abundó el pecado, sobreabundó la gracia" (Rom. 5:21).

Dios es siempre "el Dios de toda gracia" (1 Ped. 5:10). Manifestó su gracia en tiempos del Antiguo Testamento, especialmente en relación con sus pactos (Deu.

7:12; Jer. 31:3; etc.). La salvación siempre ha sido, es y será por gracia; pero ésta viene en plenitud en la persona de Jesucristo (Juan 1:17). Cristo es el Don inefable de Dios al mundo (2 Cor. 9:15). El hombre puede salvarse en Cristo, pero no aparte de Cristo. Llegamos así a otra nota distintiva de la reforma religiosa del siglo XVI.

SOLO CRISTO

El mensaje de los reformadores era cristológico y cristocéntrico. Así debe ser el nuestro. Jesús dijo: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí" (Juan 14:6). Y según el apóstol Pedro, "... en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hech. 4:12).

Nos compete escuchar de nuevo estas declaraciones que se oponen radicalmente a todo intento sincretista o universalista. Nos guste o no, el Evangelio neotestamentario es incluyente y excluyente. Incluye a todos los que reciben a Jesucristo como el único mediador entre Dios y los hombres, y excluye a todos los que rechazan la gracia de Dios. No nos toca a nosotros incluir lo que Dios no ha incluido, ni excluir lo que El no ha excluido. *Sólo Cristo salva*.

Pero, ¿cuál Cristo? Definitivamente no se trata aquí del Cristo de los dogmas de hechura puramente humana, ni del Cristo de la imagería antigua y moderna, ni del Cristo del folklore latinoamericano, ni del Cristo "superstar" de las sociedades opulentas del noratlántico, ni del Cristo de los poderosos intereses económico-sociales en nuestro continente, ni del Cristo de los ideólogos de última hora; sino de aquel que es revelado en las Escrituras; el Cristo redescubierto por muchas almas piadosas en los días más oscuros del medioevo y en los mejores tiempos de la reforma protestante; el Cristo que nos ha encontrado y hemos encontrado por la gracia de Dios miles y millones de latinoamericanos.

¡Cristo Dios! El es el *Logos* eterno, miembro del concilio trinitario, asociado eternamente con el Padre y con el Espíritu; creador y sustentador de los cielos y la tierra; Señor de la vida y de la historia; Rey, ahora y siempre; Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz, cuyas salidas son desde los días de la eternidad; Alfa y Omega, principio y fin, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso Señor.

¡Cristo histórico! ¡Manifestado en el tiempo y el espacio, en la fecha precisa del calendario de Dios, en el devenir de la historia humana, en el contexto de una geografía, de un pueblo, de una cultura, de una sociedad!

¡Cristo humano! Engendrado por el Espíritu, concebido por la virgen María, participante de carne y sangre, "hecho carne", identificado plenamente con

la humanidad. Cristo hombre total y hombre para todos los demás, que vive entre los hombres "lleno de gracia y de verdad" (Juan 1:14).

¡Cristo pobre! Nacido en un establo, avecinado en una aldea, conocido como "el carpintero", hijo de un carpintero. ¡Cristo proletario, el de las manos encallecidas en el rudo trabajo, el de la frente sudorosa en la diaria labor! Nació, vivió y murió en profunda pobreza, como los pobres de su pueblo. Sin embargo, no utilizó el resentimiento social de sus contemporáneos para ahondar el abismo entre hombre y hombre, entre clase y clase, o entre pueblo y pueblo. No pidió a los suyos que levantasen la bandera del odio y la venganza. Antes bien habló del perdón y la fraternidad. Pero se entregó a sí mismo en sacrificio cruento para deshacer en su cruz las enemistades, y derribar el muro que separaba a un ser humano de otro ser humano. Además, su presencia es inevitablemente un signo de contradicción para los que oprimen al pueblo y viven de espaldas a la miseria humana.

¡Cristo profeta! ¡Heraldo de Dios el Padre, intérprete de la Deidad, revelador de la voluntad divina para su pueblo y para toda la humanidad! Su verbo encendido en fuego del cielo es consolación y esperanza para los de corazón humilde, y advertencia de juicio ineludible para los hacedores de iniquidad.

¡Cristo Cordero de Dios! El que quita el pecado del mundo; el de la entrega total en el Calvario para nuestra redención; el de la sangre preciosa que nos limpia de toda maldad.

¡Cristo viviente! Destruye por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, y triunfa sobre el sepulcro en el día glorioso de su resurrección.

¡Cristo sacerdote! El que está sentado a la diestra de la Majestad en las alturas y "puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos" (Heb. 7:25).

¡Cristo Rey venidero! Glorificador de su Iglesia. Juez de vivos y muertos "en su manifestación y en su reino" (2 Tim. 4:1). Mesías anhelado para bendición de todos los pueblos. Rey de reyes y Señor de señores. Cristo, el de la renovación total.

¿Quiénes se salvan en el Cristo así revelado en las Escrituras? La respuesta a esta gran pregunta nos conduce a otro postulado de la reforma religiosa del siglo XVI: el pecador se salva mediante la sola fe en Jesucristo.

SOLA FE

San Pablo afirma: "Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios . . . por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él" (Rom. 3:21-22). Al pecador que confía en Jesucristo, la fe le es contada por justicia (Rom. 4:5) y Dios lo declara justo, dándole la paz (Rom. 5:1). El gran hallazgo del fraile Martín Lutero en las Escrituras fue que "el jus-

to por la fe vivirá" (Rom. 1:17). Esta verdad bíblica llegó a ser un grito de batalla de la Reforma.

Alguien ha dicho que la fe es la mano que recibe la dádiva de Dios en Jesucristo. Ciertamente, para el evangelista San Juan recibir a Cristo parece ser un equivalente de creer en Él (Juan 1:12). Por medio de la fe hacemos nuestros los beneficios del Cristo crucificado y resucitado. Es en estos beneficios que descansa nuestra seguridad eterna de salvación.

Pero la fe mediante la cual somos justificados no es ciega, no es mera credulidad. Jesús declara: "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan 17:3). Y el apóstol Pedro le dice a su Maestro: "Y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente" (Juan 6:69). El creer y el conocer van de la mano en lo que toca a la salvación. "¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quién les predique?" (Rom. 10:14).

Tampoco es la fe un mero asentimiento a la verdad revelada. Es mucho más que un mero ejercicio intelectual. Tener fe es confiar, abandonarse en las manos de Jesucristo, reconociendo la enormidad de nuestra culpa y lo total de nuestra incapacidad para liberarnos por nosotros mismos del pecado. Es admitir que los méritos humanos son inútiles para los fines de la justificación; es echar mano del valor infinito de la persona y la obra del Hijo de Dios. Tener fe en Jesucristo es dejarse salvar por Él.

La fe implica obediencia

La fe implica también obediencia. En el libro de los Hechos leemos que "muchos de los sacerdotes obedecían a la fe" (Hech. 6:7). Por su parte, San Pablo señala que no todos los que oyen el Evangelio lo obedecen (Rom. 10:16), y que el Señor vendrá a dar su justa paga a los desobedientes (2 Tes. 1:8). Cuando el hombre cree que el Evangelio es la verdad, se siente en la obligación de obedecerlo.

Además, el que cree lo que la Escritura dice tocante al castigo por el pecado y el perdón ofrecido en Jesucristo, se arrepiente y se convierte a Dios. El Señor Jesús llamó a sus contemporáneos a arrepentirse (Mat. 3:2) y ordenó a sus discípulos que anunciaran el arrepentimiento y el perdón de pecados a todas las naciones (Luc. 24:47). En obediencia al mandato del Maestro, judíos y gentiles han sido llamados a arrepentirse, creyendo al Evangelio (Hech. 2:38; 17:30-31). El arrepentimiento es un cambio interno que se manifiesta de alguna manera en la conducta del creyente en Cristo. Juan el Bautista habló de "frutos dignos de arrepentimiento" y señaló cambios concretos que debían operarse en aquellos que aceptasen el mensaje del reino (Luc. 3:8-20). Es Dios quien da "arrepentimiento

para vida" (Hech. 11:18). El pecador arrepentido se vuelve o convierte a Dios (Hech. 3:19; 26:20).

Según la doctrina de la Reforma, el pecador es justificado por la fe sola, pero la fe que justifica no se queda sola. No es una fe estéril, ni mucho menos muerta. La enseñanza de Santiago (San. 2:14-26) armoniza plenamente con la de San Pablo, quien afirma que no somos salvos *por* obras, pero sí *para* buenas obras que Dios nos ha preparado (Efe. 2:8-10). Estas buenas obras son el fruto de la salvación, no la causa de ella. No son tan sólo obras de carácter litúrgico; se hallan relacionadas con nuestra vida personal, familiar y social. El que ha sido justificado por haber creído en Jesús, sigue mostrando su fe, no sólo en palabras, sino también en hechos que glorifican a Dios y benefician al prójimo y a la sociedad.

Creer en Jesucristo significa, además, entrar en un serio compromiso con El, con su Iglesia y con la sociedad. No aceptamos a Jesucristo para evadir nuestras responsabilidades morales y vivir como nos plazca, después de haber adquirido una póliza de seguro para la eternidad. En el Evangelio hay serias demandas de carácter ético.

El Señor Jesús tuvo el cuidado de advertir a las gentes sobre las dificultades del camino que El les proponía. No guardó silencio sobre las demandas del discipulado (Mat. 10:34-39; comp. Mar. 8:34-38). Nadie podía quejarse de que El les hubiese engañado con la oferta de un camino suave. Su interés estaba en la calidad, no en la cantidad de sus seguidores.

Estando El en Jerusalén, en la fiesta de la pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo las señales que hacía; "pero Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque los conocía a todos" (Juan 2:23-24). El era muy cauteloso para levantar sus estadísticas de personas convertidas. Los milagros cautivaban al pueblo, pero Jesús no se aprovechaba de su poder extraordinario para atraer personas que no estuviesen dispuestas a seguirle en verdad. Cuando muchos de sus discípulos se alejaron de El, escandalizados por sus enseñanzas, no les rogó que volvieran. A los doce les preguntó: "¿Queréis acaso iros también vosotros?" En ellos había triunfado la fe. Decidieron quedarse (Juan 6:60-69).

Necesitamos mucha sabiduría de lo alto para que sin tergiversar el concepto bíblico de la salvación, demos a conocer a todo el pueblo latinoamericano las demandas éticas del Evangelio para la vida de los que profesen creerlo. Hallaremos el debido equilibrio para nuestra proclama, en la revelación escrita de Dios y en el ministerio de su Espíritu.

La salvación es por la *sola gracia*, en *Cristo solo*, por medio de la *fe sola* que no se queda sola. ¿Dónde se basa esta convicción? Nada menos que en la palabra de Dios, la cual hemos citado muchas veces en este mensaje. Surge aquí otro de los grandes postulados de la reforma religiosa del siglo XVI: la autoridad suprema de las Sagradas Escrituras.

SOLA SCRIPTURA

Puede decirse que fundamentalmente fue en esta declaración donde los reformadores y la iglesia oficial de aquellos tiempos dividieron sus caminos. Aceptaron los paladines de la Reforma la autoridad suprema de las Escrituras, no sólo en lo relacionado con la doctrina de la justificación por la fe. Ellos determinaron someter su fe y su vida al dictamen final del canon bíblico, y no a otra autoridad, ya fuese ésta la del magisterio eclesiástico, o la de la razón natural, o la de los impulsos del corazón. Aceptaron y proclamaron las Escrituras como su norma objetiva y final.

En esta trascendental decisión, los reformadores no hacían más que continuar una larga tradición que viene desde los tiempos del Antiguo Testamento y desde los días de Cristo y sus apóstoles. Los profetas antiguo-testamentarios apelaban a la Ley escrita como su autoridad final. Cristo autenticó su ministerio ante el pueblo con la ley de Moisés, los profetas y los salmos (Luc. 24:44). Sus apóstoles también se apoyaron en la autoridad del Antiguo Testamento. La iglesia antigua aceptó ambos Testamentos y tuvo así un canon más extenso al cual apelar para sus decisiones de fe y práctica. Los reformadores hicieron que el "*así dice Jehová*" y el "*escrito está*" resonaran poderosamente en el ámbito de la cristiandad occidental.

A través de los siglos el principio de *sola Scriptura* ha sido amenazado y desafiado por la razón natural, por el sentimentalismo pietista, por la presión eclesiástica (católica y protestante), o por la presunción de líderes que se creen superdotados para imponer su sistema privado de interpretación al pueblo de Dios.

En esta hora crítica en que nos ha tocado vivir y asumir graves responsabilidades como cristianos evangélicos, tenemos que preguntarnos con frecuencia dónde está nuestra norma suprema de fe y conducta, frente a los intrincados problemas que nos plantea nuestro pueblo, y ante las novedosas respuestas que escuchamos en las esferas teológicas y en el terreno políticosocial. Tenemos también que decidir dónde está la autoridad final, ante nuestra misma tendencia de mirar solamente al pasado, o de remontarnos al futuro, a la lejanía escatológica, pasando por alto el presente, para preservar interpretaciones, tradiciones, y prácticas caducas que son aditamentos al Texto sagrado y no la Palabra misma de Dios. **Nos es preciso recordar que la iglesia reformada tiene que seguir reformándose, a la luz de la revelación escrita de Dios, bajo el dominio del Espíritu Santo.**

Si hemos decidido aceptar la autoridad suprema de las Escrituras—reconociendo que éstas son totalmente inspiradas por Dios e infalibles—nos toca usar para nuestras conclusiones teológicas el mejor Texto disponible e interpretarlo según las reglas aceptadas para la exégesis bíblica. Esto sugiere que procuraremos desentrañar del Texto el significado que el escritor sa-

grado quiso imprimirle dentro de un contexto cultural determinado. Luego haremos todo esfuerzo posible por aplicar este significado a nuestra propia vida y a la realidad latinoamericana, preguntándole al Texto qué tiene él que decirnos a nosotros en esta situación socio-cultural. También llevaremos al Texto las preguntas de nuestros contemporáneos, dejando que en verdad sea el Texto el que responda a ellas, sin pretender nosotros hacer que el Texto diga lo que "endulzará" el oído de nuestros interlocutores, o lo que ofrecerá apoyo a nuestras peculiaridades teológicas. El Dr. Cecilio Arrastía ha dicho, con sobrada razón, que "no debemos darle golpe de estado al Texto". Los reformadores abogaron no por la libre interpretación, sino por el libre examen de las Escrituras. El sacerdocio universal de los creyentes—otra de las grandes doctrinas exaltadas por la Reforma—no autoriza a nadie a torcer y retorcer el Texto bíblico.

Para lograr una contextualización que le haga justicia al Texto y responda de manera adecuada a los interrogantes del hombre latinoamericano, es indispensable un serio trabajo exegético en el Texto mismo y un conocimiento amplio de nuestro contexto socio-cultural. Pero más que todo necesitamos reafirmar nuestra confianza en la integridad y eficacia de las Sagradas Escrituras; renovar nuestro compromiso de obediencia a la autoridad bíblica; depender del ministerio del Espíritu Santo, quien puede guiarnos a toda verdad, y mantenernos dentro de la comunión de los santos, para ser instruidos, exhortados y edificados por nuestros hermanos en la fe, quienes también tienen Palabra de Dios y en quienes también mora el Espíritu de verdad y amor. No pretendamos ser "llaneros solitarios" galopando sin rumbo cierto por los caminos escabrosos del quehacer teológico.

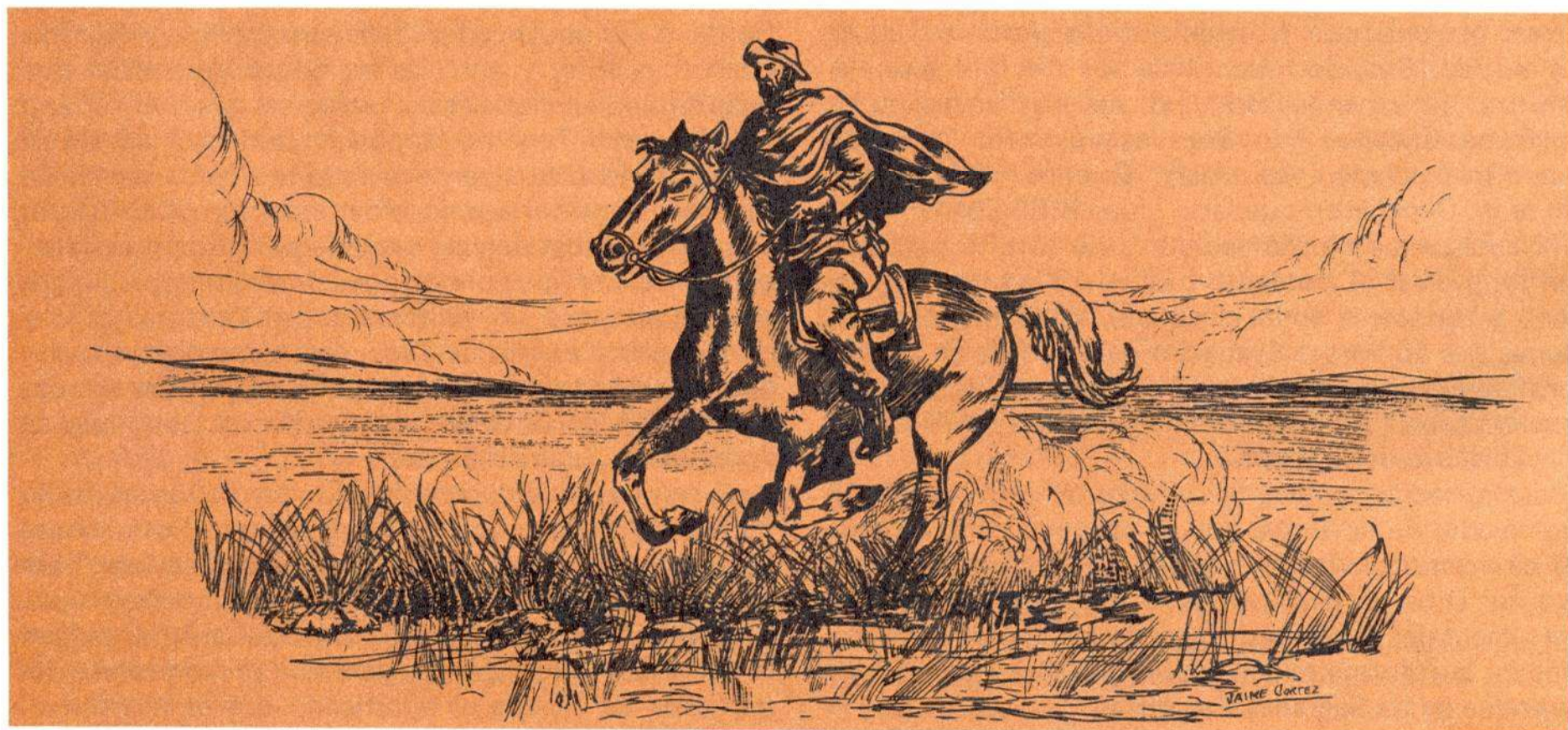
Si no acatamos la norma objetiva de las Escrituras,

si no nos sometemos al señorío de Cristo, si no estamos en sintonía con el Espíritu Santo, si nos alejamos de la comunidad de fe, seremos fácil presa del subjetivismo, o del relativismo, o podremos caer ingenuamente en la trampa de una ideología, de cualquier color que ésta sea.

Somos conscientes del serio problema hermenéutico que hoy día nos confronta en la América latina. No pretendemos cerrar los ojos ante las dificultades que existen en el camino de la interpretación bíblica; pero también tenemos la convicción de que para nosotros, cristianos evangélicos, el problema será mayor si claudicamos ante sistemas hermenéuticos que se acercan a las Escrituras con presuposiciones racionalistas, o existencialistas, negando tácitamente el carácter sobrenatural de la Palabra de Dios.

En los capítulos segundo y tercero de la segunda carta a Timoteo, hay dos exhortaciones fundamentales relacionadas con las Escrituras. El Apóstol le dice a su discípulo Timoteo que *persevere* en la Palabra y que *predique* la Palabra. Las razones para estas exhortaciones, que también nosotros podemos aprovechar, se hallan en el texto mismo. **A un mundo desorientado en lo espiritual y moral, y confundido por los emisarios del error, lo que debemos anunciarle, a tiempo y fuera de tiempo, es la Palabra de Dios.** Pero no podremos ser voceros fieles de esta Palabra si no perseveramos en ella, teniéndola en alta estima, reconociendo su inspiración divina, y confiando en su eficacia para la salvación y el crecimiento espiritual de los que la reciben como revelación del Señor.

De no persistir en las Escrituras, nosotros mismos quedaremos perplejos en el laberinto de la duda, confundidos por los maestros falsos; apartaremos de la verdad el oído, y nos volveremos a los mitos o fábulas que ellos propagan.





En uno de sus libros, el Dr. Federico Hüegel cuenta que un día el almirante Byrd, quien estaba haciendo investigaciones científicas en el polo sur, salió de su choza de hielo para tomar el aire fresco. Estaba solo. De repente se detuvo, un tanto espantado. Había ido demasiado lejos. Dando media vuelta, se dio cuenta de que le era imposible ver su choza. No veía más que nieve. Comprendió que si se echaba a buscar su choza y no tropezaba con ella en el primer intento, todo sentido de dirección estaría perdido y no habría manera de orientarse. Tenía consigo un palo. Lo clavó en el hielo. "Aquí está mi centro—se dijo—no lo dejaré hasta encontrar mi casa". Después caminó en varias direcciones, sin perderlo de vista. Por fin, después de varios intentos, encontró su choza y se salvó.

El Dr. Hüegel usa esta historia para ilustrar su enseñanza tocante al lugar céntrico que ocupa la cruz de Cristo en el plan redentor. Pero la experiencia del almirante Byrd puede hacernos pensar también en la palabra escrita de Dios, la cual debe servirnos como guía en medio de la confusión que impera en el mundo. Asegurémonos de que nuestro poste—la Palabra de Dios—esté levantado y firme; tengámoslo como punto de partida en nuestra peregrinación teológica, y sin perderlo de vista, sigamos explorando confiadamente, sin temor.

Solamente así tendremos seguridad para nosotros mismos y para señalar a otros el camino a seguir.

Los reformadores quisieron tener las Escrituras como su fundamento y autoridad para toda doctrina que ellos creían y enseñaban. Si lograron en todos los casos realizar este deseo es un asunto digno de estudio aparte. Lo indudable es que el celo por la autoridad suprema de la Biblia es una de las grandes herencias de la Reforma.

Los cristianos evangélicos latinoamericanos hemos querido ser también el pueblo de un Libro, los predicadores del Cristo revelado en ese libro, y los seguidores de los principios éticos que ese libro enseña. Admitimos que mucho nos falta en cuanto al estudio, comprensión y obediencia de su contenido; pero nos aferramos a él, no queremos soltarlo. Es en esta actitud que somos preeminentemente herederos de la Reforma. Podemos estar en discrepancia con más de alguna doctrina, o con algún énfasis de los reformadores, pero no con su firme determinación de exaltar "la palabra de Dios que vive y permanece para siempre" (1 Ped. 1:23).

Sea ésta la Palabra que norme nuestros pensamientos y sentimientos en el congreso que hoy iniciamos, y en la difícil pero gloriosa tarea que tenemos por delante en nuestra América Latina.

Las suscripciones de *Pregonero de Justicia* son gratis para los que las soliciten personalmente. Simplemente envíe este cupón con su nombre y dirección a la siguiente dirección:

Pregonero de Justicia
P. O. Box 700
Fallbrook, California 92028 EE.UU.

[] Deseo unirme a la lista regular de suscriptores para recibir gratuitamente el *Pregonero de Justicia*. [Favor de no pedir suscripción para otra persona.]

Mi nombre _____

Mi dirección _____

Pregonero de Justicia

P.O. Box 700, Fallbrook, California 92028, U.S.A.